SAMUEL VILA

fe Y RAZON

Editorial CLIE

Blasco de Garay, 134 - TARRASA (Barcelona) - ESPAÑA
P.O. Box 6094 - GRAND RAPIDS. MICHIGAN 49506 - U. S. A

Copyright 1970 por Editorial CLIE

Reservados todos los derechos de reproducción. Ninguna parte de este libro puede ser impresa sin el permiso escrito de los editores, con la excepción de breves citas.

3.ª edición española 1970

Depósito Legal B. 5882 - 1970

PORTADA: G. V. Publicidad

Impreso por VIMASA - Industrias Gráficas
Dr. Moragas y Barret, 113-115 - TARRASA

Printed in Spain

SAMUEL VILA

FE Y RAZON

Réplica a la obra de
SEBASTIAN FAURE
"Doce pruebas de la inexistencia de Dios"

3.ª edición notablemente ampliada

Indice

PRÓLOGO 9
PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN 13
PRÓLOGO A LA TERCERA EDICIÓN 17
INTRODUCCIÓN 25

Primera Parte

Dios

I. El Dios Creador 31
II. Espiritualidad de Dios 33
III. Perfección Divina 39
IV. Actividad Divina 43
V. Inmutabilidad de Dios 45
VI. Motivo de la Creación 47
VII. Dos objecciones importantes 51

Segunda Parte

Dios y el Universo

I. La Providencia Divina 59
II. La multiplicidad de dioses 63
III. El infierno 67
IV. El problema del mal 71

Tercera Parte

La responsabilidad humana

I. El Dios justiciero 77
II. Equidad Divina 83
Conclusión 87

Prólogo

Desde los más remotos tiempos, el hombre ha venido observando las obras de la naturaleza que le hablan en lenguaje silencioso, pero persuasivo hasta el más alto grado, de la existencia del Creador. Se ha dicho que el hombre es religioso por naturaleza. Más bien debiera decirse que es religioso porque es inteligente. Los animales no saben sacar deducciones racionales de los hechos que contemplan. El hombre puede hacerlo. Y la conclusión lógica a que nos llevan los admirables ejemplos de orden, previsión y designio que observamos en el conjunto de la Naturaleza es la de que debe existir un Ser poderoso y sabio, autor de tales maravillas. Un Ser invisible a quien la Humanidad ha presentido siempre y al cual ha dado culto con el nombre de "Dios".

Pero se ha objetado: ¿Es Dios un ser concebible por la mente humana? Los atributos y perfecciones que las religiones le conceden ¿son posibles? ¿Puede, por ventura, lo infinito concebir lo infinito? ¿No se contradicen constantemente los teólogos cuando tratan de definir un poder tan inmenso como misterioso?

Es innegable que la Humanidad ha cometido muchos errores al tratar de definir a Dios, y muchos más al intentar rendirle culto. Pero tales deficiencias no prueban en modo alguno la no existencia de Dios. Las dificultades que hallamos al tratar de definir al Creador serán una prueba de nuestra pequeñez y de su grandeza, pero jamás podrá aducirse como demostración de su inexistencia.

Sebastián Faure eligió un mal camino al intentar probar su tesis; lo cierto es que la falsedad de la misma no le ofrecía otro mejor. Probar que Dios no existe es tarea ardua en un mundo que vemos organizado con sabiduría. Filósofos más eminentes que Faure y que el humilde autor de estas líneas lo han intentado sin lograr otra cosa que dar génesis a teorías contradictorias, más absurdas e inconcebibles que el misterio que envuelve la misma Divinidad. Pero esforzarse en demostrar la inexistencia de Dios con una crítica exagerada y falsa de los atributos que los adoradores de esa Divinidad le asignan, es tarea más vana y absurda todavía.

Aun en el supuesto de que Faure hubiera logrado pleno éxito y resultaran incontestables sus argumentos, no quedaría probado que no hay Dios. Probaríase la incompetencia del hombre, del teólogo, del filósofo para imaginarse al Infinito; pero su labor crítica no habría conseguido desterrar a Dios de Su universo, y los cielos y la tierra continuarían "contando la gloria" del Dios desconocido como si el "gran libro" de Sebastián Faure jamás se hubiese escrito.

El detenido estudio del librito de Sebastián Faure nos ha convencido, empero, de que no queda tal consuelo a los incrédulos. Los atributos que las religiones, y sobre todo el cristianismo, atribuyen a la Divinidad no son tan absurdos como el Señor Faure pretende. Por el contrario, muchas de sus objeciones ateas se convierten en prueba de la tesis deísta al ser analizadas desapasionadamente ante la luz de una lógica serena.

Los problemas y objeciones que presenta el autor del folleto "Doce pruebas de la inexistencia de Dios" *no son nuevos; son tan antiguos que ya se discutían en los tiempos de Aristóteles. Si no pudieron convencer a los antiguos creyentes durante muchos siglos tampoco pueden persuadir a los hombres pensadores de este siglo al sernos presentados en un lenguaje un poco más moderno y con la agresividad propia del conocido autor anarquista.*

Tal lenguaje suele tener la virtud de entusiasmar a los indoctos y a los niños. Recordamos el caso del muchacho que nos trajo alborozado el librito de Faure, recogido en un mitin obrero donde ejemplares del mismo habían sido arrojados a puñados por elementos de una organización revolucionaria. Dicho joven, falto de toda instrucción primaria, era incapaz de seguir a fondo los argumentos filosóficos del autor; pero se entusiasmaba ante las afirmaciones rotundas y las frases truculentas, abundantes en el libelo. Lo esencial para él no era la argumentación, sino el atrevido título del libro y los finales de cada párrafo en que el autor afirma con el mayor aplomo "Dios no existe" o "Dios no puede existir".

Tales ateos por sistema no pueden ser convencidos con apologías o refutaciones lógicas.

Afortunadamente, existen otros escépticos de alta y mediana cultura, deseosos de recibir luz, venga de donde viniere. Confiando en que este libro llegará a manos de muchos de éstos, lo damos a la luz pública, encomendándolo a Aquel a cuyo honor y gloria ha sido escrito.

No podemos dar fin a estas líneas introductorias sin expresar nuestro profundo reconocimiento al docto filósofo D. Alfonso Vallmitjana, ex-religioso benedictino del convento de Montserrat, y más tarde pastor evangélico, quien le ofreció valiosos pensamientos que aparecen en el transcurso de esta obra.

Sírvale este reconocimiento de recomendación para los lectores de España y América que conocen, además de la sinceridad religiosa del pastor Vallmitjana, los relevantes dotes apologéticos del antiguo religioso benedictino.

El reverendo Vallmitjana falleció durante la guerra civil española, cuando mayores eran sus entusiasmos para llevar adelante la labor de renovación religiosa en su propia Patria por la predicación del puro Evangelio de Cristo. Nos place hacer revivir su grata memoria con la publicación de esta apología cristiana que tanto había deseado ver publicada, con-

siderándola tanto o más interesante que la de Ibarreta, que en aquellos días acababa el autor de dar a luz.

Quiera el Todopoderoso que este mancomunado esfuerzo de servidores de Cristo, procedentes de campos diversos, pero unidos por el lazo común de una misma fe evangélica, sea provechoso y útil, tanto a los antiguos correligionarios de nuestro amado colega, los católicos de fe sincera, como a nuestros hermanos y correligionarios evangélicos, quienes por ceñirse a las esencias de la fe cristiana, se hallan situados a la vanguardia de la lucha empeñada alrededor del cristianismo en el mundo hispano-americano.

Tarrasa, Mayo de 1934.

Prólogo a la segunda edición

La notable aceptación que tuvo la obrita "Fe y Razón", no solamente en la patria del autor, donde el demoledor folleto de Sebastián Faure había hecho estragos en otro tiempo, sino también en las Repúblicas de Sud-América nos obliga a proceder a una segunda edición, ampliada con algunas notas del propio autor.

Nunca como ahora la discusión en torno al tema del Supremo Autor del Universo se ha hecho de palpitante actualidad. Algunas creen, con infantil ilusión, que los sorprendentes hallazgos científicos con respecto a la constitución de la materia, van a darnos el secreto del origen del Universo, en términos tan concluyentes, que se hará innecesaria la creencia en Dios.

No es éste, empero, el parecer de los que, dominando dicho campo de la Ciencia, conocen sus propias limitaciones para responder a las inquietantes preguntas del espíritu humano sobre el eterno tema: "¿A dónde vamos?" y "¿De dónde venimos?". Pero un cierto número de "pequeños sabios" se figuran hoy, más que nunca, que estamos llegando al final de la búsqueda humana respecto al origen del Universo, y que es hora, por tanto, de desprenderse de toda idea religiosa. Aseméjanse tales "sabios" al paracaidista insensato que, al entrar en una tenue nube desde las alturas del espacio, se desabrochara el cinturón creyendo que está pisando tierra firme.

No; la necesidad de creer en un Dios, autor y sustenta-

dor del Universo, es tan indispensable hoy día como hace dos siglos, cuando la Ciencia moderna se hallaba en mantillas y nuestros abuelos experimentaban entusiasmados los fenómenos externos de la materia en los campos de la física y la química. Hoy conocemos un poco mejor la causa de tales fenómenos como la luz, el calor, la electricidad, etc., que causaban la admiración de nuestros antepasados. Hemos penetrado, es cierto, en la estructura del átomo, pero estamos tan lejos como en el principio en cuanto al conocimiento de la causa del átomo, es decir, del verdadero secreto del Cosmos. Todos los descubrimientos atómicos no nos han dado la más pequeña luz acerca del misterio de la inteligencia, ni nos aclaran nada con respecto al orden, invención y designio que observamos en la maravillosa estructura del Universo y en los seres vivos.

Por esto, después de los avances de la Ciencia y del pensamiento humano en estos veinticinco años, continúa siendo esta obrita, pequeña en extensión y modesta en apariencia, pero grande en contenido, un libro de palpitante actualidad.

Las objecciones filosóficas de Faure a la idea de Dios, continúan siendo, desafortunadamente, las de los escépticos de esta nueva generación; y el autor de este escrito tiene la habilidad de tratar tan profundos temas con una sencillez y claridad que cautiva aun a la mente menos inclinada a creer.

Bien sabemos que, al que se halla empeñado en tal actitud escéptica, no le persuadirán ni los suscintos argumentos de este libro, ni cualesquiera otros que se pudieran emplear; pero si se trata de personas inteligentes y no de necios burladores, la lectura de un libro como éste suele tener la virtud de hacerles un poco más comedidos. Esto han declarado algunos creyentes de ambos lados del Océano que han hecho buen uso de él prestándolo a sus compañeros de taller u oficina. En algunos casos más afortunados, ha sido la lectura de esta obrita el primer eslabón de la fe; la luz inicial que ha conducido a buen número de almas de las tinieblas de la ne-

gación a una fe razonable en Dios, y más tarde a una vida cristiana activa como miembros fieles de alguna iglesia evangélica.

Por casi dos años, este libro ha estado agotado y la necesidad de una segunda edición se dejaba sentir, por los pedidos que llegaban de diversas librerías e iglesias evangélicas; pero había sido vendido a un precio popular muy económico, y los precios en general, pero sobre todo los de impresión y papel, han variado mucho en estos últimos años; no existía, por lo tanto, un fondo de retorno suficiente para cubrir el coste de una segunda edición.

Esta necesidad fue presentada a los estudiantes del Instituto Bíblico Moody (futuros misioneros del Evangelio muchos de ellos, a personas de habla española, en los Estados Unidos o en Repúblicas de Sud-América), y ellos supieron darse cuenta de la importancia de este pequeño instrumento literario para el supremo combate en favor de "la fe una vez dada a los santos", y no escatimaron sus esfuerzos para hacer posible su reimpresión.

El libro tiene que venderse, sin embargo, a un precio más alto que la primera edición, de acuerdo con su nuevo valor de coste, ya que es expresa voluntad de sus patrocinadores que puedan hacerse nuevas ediciones, constituyendo los productos de su venta un fondo de retorno para tal fin. Se fija, sin embargo, el precio más limitado posible, con objeto de hacerlo accesible, al igual que la primera edición, a los elementos evangélicos que tienen que adquirirlo con el generoso propósito de prestarlo, y muchas veces regalarlo a personas amigas, a las cuales desean ayudar en sus problemas de orden espiritual.

Quiera Dios bendecir a tal objeto esta segunda edición, como lo ha hecho con la primera, para la iluminación y salvación de muchas almas.

Mayo de 1959. LOS EDITORES

Prólogo a la tercera edición de 1970

La verdad y el error pueden vestir nuevo ropaje, pero son siempre los mismos. De ahí que un libro como el presente no se haga viejo, pues las ideas que expone, tanto en pro como en contra, son y serán más o menos las mismas, mientras la humanidad no haya resuelto el gran problema de la existencia de Dios. Lo serán, creemos, hasta que Dios mismo, quien al presente "calla", ante las provocaciones de los hombres, según expresión del salmo 50, no cumpla la reiterada promesa que nos ha dado en la Biblia de hacerse manifiesto a esta humanidad, estableciendo su Reino sobre la tierra.

Dios no ha muerto

Hoy día se habla provocativamente de "la muerte de Dios". La frase tomada de un modo literal no puede sonar más absurda. Hasta un niño comprende que Dios no puede morir. Se trata del rechazamiento consciente de Dios por parte del hombre. De un esfuerzo humano destinado a comprobar que el Universo está vacío de Dios. Como dice Edouard Mauris: "Dios no está muerto, puesto que su presencia impone al hombre un esfuerzo tan tremendo de arranque. El es la provocación a la cual se responde con la ruptura, pero hay que responder" (1).

---

(1) El ateísmo contemporáneo. Pág. 9.

Es cierto que el ateísmo moderno parece hoy día menos filosófico que en el siglo pasado; pero ofrece una curiosísima paradoja. El Existencialismo moderno nos dice que la filosofía para nada sirve, pero para decírnoslo filosofa hasta llenar grandes volúmenes.

Por qué se declara ateo el humanismo marxista

Por otra parte se pretende hoy día dar al ateísmo moderno un carácter más y más práctico. Se agrega casi siempre a la proclamación del ateísmo contemporáneo una nota social: "Las flamantes injusticias que la sociedad ha sufrido hasta hoy deben ser eliminadas. Para este humanismo, el resultado de la evolución histórica lleva a la conclusión de que Dios ha sido solamente un obstáculo en el camino de la humanización del hombre y de la sociedad. Es por esto que hay que reemplazar el amor divino por el amor humano, la fe en Dios por la fe en el hombre, y en su potencia para sentirse libre de las contingencias supraterrestres; así como se ha librado del miedo paralizante de los demonios y diablos instalados fuera de él; porque el único diablo del hombre es el hombre, el hombre inculto, supersticioso, egoísta y malvado, así como el único dios del hombre es el hombre mismo".

"Por lo tanto, la tarea que nos toca actualmente —exclama Ludwig Feuerback al final de sus Lecciones*— es convertirnos de amigos de Dios en amigos del hombre; de creyentes, en pensadores; de mendigos, en trabajadores; de aspirantes al más allá, en estudiantes de este mundo; de cristianos que según propia confesión y admisión son "mitad animal, mitad ángel", convertirnos en hombres, en hombres buenos." He aquí la estrecha relación entre el ateísmo moderno y el humanismo social más avanzado. La doctrina política que trata de hacer del hombre un hombre, como dijo Karl Marx en una carta a Ruge (2).*

(2) K. Löwith, Von Hegel zu Nietzche, 1953, 3. p. 336.

Se pretende que el hombre no puede alcanzar su autenticidad si no se libra del cascarón mitológico del pasado, y si su pensamiento no sale de él, libre de Dios. El hombre debe echar mano de su libertad en un mundo del cual él dispone y que será formado por él. Así es cómo el hombre moderno y técnico siente el mundo de un modo totalmente distinto al hombre medieval. "El hombre de ciencia de nuestros días —dicen—, no se acomoda a un mundo preexistente a él, creado por Dios y sabiamente ordenado por la Providencia, al contrario, se sabe llamado a extraer al fin, del caos natural, el mundo civilizado, cuyo señor es él mismo, y no ya un Dios supraterestre" (3).

Sin embargo, esta pretendida liberación de Dios no se hace sin pesar. Hegel caracterizó la filosofía de Fichte en un pasaje en el que aparentemente aparece por primera vez la frase: "Dios ha muerto". Dice:

"Es precisamente en el momento de la idea más elevada cuando el concepto puro, o infinito, debe identificar este dolor infinito el sentimiento de que Dios ha muerto que sólo existía como hecho histórico y como sentimiento en estado naciente. Que era una simple idea, sobre la cual reposa la religión de la época moderna" (4).

Pero estos razonamientos de los líderes sociales del pasado siglo, y de la mayoría de ellos en el presente, no son justos ni ciertos. La Ciencia no ha descubierto la no-existencia de Dios, sino todo lo contrario. Las pruebas de sabiduría, invención y designio, se multiplican desde que tenemos un concepto más exacto y comprobable de la naturaleza de la materia.

Por otra parte, todos los defectos de las religiones, todos los abusos, todos los fanatismos religiosos má reprobables, son cosas que los actuales creyentes reconocemos y que la

(3) Edouard Mauris "El ateísmo contemporáneo", pág. 12.
(4) Glauben Und Wissen E. D. Glockner. vol. I. pág. 433.

sociedad moderna tiene el imperioso deber de reprimir y subsanar. Todas las religiones necesitan hacerse más humanistas, más sociales, más abiertas a lo mejor del espíritu de nuestro siglo. En cuanto al Cristianismo basta con decir que necesita entender mejor la doctrina social de Jesucristo mismo; sin rechazar (porque una cosa no contradice ni estorba la otra, sino todo lo contrario) la doctrina espiritual de Jesucristo; la necesidad de la regeneración del ser humano por el Espíritu Santo, el amor y la gracia redentora de Dios, y sus inefables promesas para una vida más allá.

El verdadero Cristianismo no está reñido ni divorciado de las más avanzadas ideas sociales, puesto que Cristo ha podido ser llamado el primer comunista por los más acérrimos partidarios de esta doctrina social.

Por esto es imposible, al par que insensato e injusto, tratar de identificar el ateísmo con el comunismo o el anarquismo. Puede haber creyentes en todos los grupos o tendencias sociales de la humanidad. Pueden existir y existen sinceros y piadosos cristianos comunistas en la gran nación rusa; y puede haber, y los hay, en las naciones de Occidente, burgueses ateos, exhibiendo o no su ateísmo, pero más amargamente ateos o enemigos de Dios, que el más exaltado líder social de nuestra época.

El carácter social y humanista del ateísmo no tiene ninguna razón de ser, y no lo tendría, si las religiones llegaran a darse plena cuenta de sus errores del pasado.

El hombre moderno necesita creer en Dios

El hombre moderno no necesita de ningún modo ser ateo, ni tiene razón de serlo, pues como alguien ha dicho, el ateísmo crudo es una píldora demasiado amarga para el ser humano que tiene el instinto de lo divino y de la inmortalidad. La nota social con que se trata de cubrirlo no es sino una capa azucarada para cubrir su amargor, pues, como dice el doc-

tor Bast en una de sus más notables emisiones radiofónicas de "La Hora del Templo": "El hombre, dejado solo y libre de los ataques del ateísmo agresivo y proselitista, presiente a Dios en el Universo, y tiende a volverse a este Dios. Ora de una forma filosófica, como Bergston, Gasset o Unamuno, o de una manera práctica, adoptando o perseverando personalmente en alguna forma de religión positiva".

Con razón Augusto Compte, distinguió, desde hace mucho tiempo, dos familias de espíritus: los que tienen necesidad de Dios, y los que experimentan una necesidad no menos profunda de carecer de Dios (5).

El mismo Nietzsche, después de haberse convertido (valga la frase) al ateísmo, aparece obsesionado toda su vida por un solo problema: " Cuál es para el hombre, ¿cuál es para mí, puesto que Dios no existe, el sentido de la vida?" (6).

Por la misma razón, Ernesto Vaughan, escritor y periodista, cuyos escritos aparecían impregnados de ateísmo, en las líneas del testamento dictado por él mismo al redactor jefe de un diario político, decía: "Sabéis que, desde mi infancia y durante toda mi vida, me he burlado de las religiones, tanto de aquélla en la que he nacido como aquélla en la cual vos, Breton, os habéis criado. Toda mi generación republicana se reía de ellas como yo. Y bien: en el momento en que voy a desaparecer, sin miedo y tanto como he podido sin tacha, declaro que me he engañado groseramente... Hoy estoy seguro, completamente seguro que es imposible basar una sociedad civilizada sobre el materialismo y el ateísmo. La explicación religiosa de los misterios que nos rodean no es evidentemente clara para nuestra razón humana, pero la explicación materialista y mecánica de los libre pensadores y de los ateos es menos clara aún... Debo deciros que muero en pleno acuerdo con vos. Si yo hubiese descubierto más pronto

---

(5) Guy Grand "La rennaisance Religieuse", pág. 261.
(6) Henry Lichtenberger "La Philosephie de Nietzche", París 1900, pág. 23.

estas verdades las hubiera propagado como vos sin temor al qué dirán, sin temor al ridículo, sin temor a los sarcasmos" (7).

Viejos argumentos con un ropaje nuevo

Es un hecho probado que ni siquiera el estilo y carácter humanista que se da modernamente al ateísmo satisface el instinto humano, que siente la nostalgia de Dios. Por tal razón, mientras por un lado oímos hablar de millones de creyentes ortodoxos, católicos y evangélicos, en la Rusia políticamente atea, por otro lado los mismos escritores ateos de aquella nacionalidad o de cualquier otra, después que han despotricado hasta las heces en contra de la religión, sienten la necesidad, o bien de aceptar la existencia de un Ser supremo concebido a su manera, o de rechazar neta y escuetamente toda idea de Dios en un estilo más o menos parecido al que emplea el anarquista Sebastián Faure en el libro que lleva el agresivo título de "Doce pruebas de la inexistencia de Dios". Por esto los argumentos que se exponen en este pequeño libro y sus respectivas respuestas, aunque antiguas, son siempre nuevas.

Se ha dicho que el ateo es un hombre que necesita persuadirse a sí mismo de que no existe Dios. Esto es lo que se esfuerza en hacer Sebastián Faure en su célebre opúsculo. Si con razón o sin razón, lo juzgará el propio lector si prosigue la lectura de este libro hacia el final.

No es justo ni propio del hombre culto y avanzado pronunciar un veredicto sin haber oído las dos partes. Por esto los diálogos en materia de religión, como en cualquier otra materia, resultan más interesantes y agradables que la mera exposición desde un solo punto de vista. Ambos quedan expuestos con bastante claridad en el presente librito, sobre el gran tema de la existencia de Dios.

(7) La Victoire, 22 Enero 1929.

Con la confianza de que puedan serle estas páginas gratas e interesantes, al par que iluminadoras y provechosas, las encomendamos a la buena comprensión y atinado criterio del amable lector.

SAMUEL VILA

Tarrasa, 20 de enero de 1970.

¿HAY DIOS? ¿NO LO HAY?

La introdución del señor Faure prueba desde un principio la inseguridad del escritor acerca del tema que pretende impugnar con su tan llamativo título. Oigámosle:

"Hay dos medios de estudiar y procurar resolver el problema de la inexistencia de Dios.

El primero consiste en eliminar la hipótesis "Dios" del campo de las conjeturas plausibles o necesarias, por una explicación clara y precisa de un sistema positivo del Universo, de su origen, de sus desenvolvimientos sucesivos, de sus fines.

Esta exposición inutilizaría la idea Dios y destruiría inmediatamente la base metafísica de los teólogos y filósofos espiritualistas.

En el estado actual de los conocimientos humanos, en todo lo que ha sido demostrado o pueda demostrarse verificado o verificable, reconoceremos que un conocimiento preciso del Cosmos no existe. Existen, cierto es, varias hipótesis ingeniosas que no chocan con la razón: Sistemas más o menos aceptables, que se apoyan en una serie de experiencias, basadas en la multiplicidad de observaciones sobre las que se ha modelado un carácter de probabilidad impresionante. También puede sostenerse que esos sistemas, esas exposiciones, so-

portan ventajosamente la confrontación con las afirmaciones deístas. Más aún, a decir verdad, consideramos no existen en este punto sino tesis que no poseen el valor de la certitud científica, quedando cada uno en libertad de conceder su preferencia a tal o cual sistema que le sea expuesto, pudiendo decir que la solución del problema, así planteado, aparece actualmente al menos reservada."

Si cada uno "*queda en libertad de conceder su preferencia a tal o cual sistema*" sobre la causa y origen del Universo, queda en pie la posibilidad y razón de aceptar un sistema que preconice la existencia de un Ser Supremo como origen y causa de las cosas que nos rodean.

La confrontación ventajosa, a que alude al autor, de los sistemas filosóficos materialistas, por él mismo reconocidos como incompletos, con la tesis que admite un Ser Supremo, no la vemos en parte alguna, antes por el contrario:

Al negar a Dios, nos vemos obligados a considerar eterna la materia, concediendo a ésta el mismo atributo que los creyentes asignan al Creador. En ambos casos aceptamos un "algo" que ha existido desde la eternidad. Si este "algo" fuese un Ser espiritual inteligente y sabio, tenemos una respuesta satisfactoria para explicarnos los innumerables ejemplos de orden, previsión y designio que vemos en las obras de la Naturaleza.

Si no admitimos que hay un Ser Inteligente detrás de la materia inerte, queda en pie el misterio sobre el origen de las cosas, y sin lograr dar satisfacción a nuestra razón en este punto nos vemos obligados a explicarnos las grandes maravillas de inteligencia que observamos en el Universo, partiendo de la base: materia simple, materia inerte.

Sin ninguna ventaja acerca del misterio fundamental de una existencia sin principio, tenemos que amontonar conjetura sobre conjetura acerca de cómo pudo la materia ininteligente organizarse de un modo tan maravilloso, partiendo del primer átomo, o del éter substancial.

¿Dónde está, pues, la ventaja? Con razón se ha dicho que sin Dios, el Universo es un enigma indescifrable, ya que nadie puede comprender, lógicametne, que lo que es menos pueda ser causa de lo que es más. Explicarse cómo pudo la materia inerte, ininteligente y desorganizada, dar origen a las ingeniosas organizaciones animales, vegetales y cósmica,s es mucho más difícil que creer en un Espíritu organizador obrando por la materia y en la materia.

El mismo señor Faure parece darse cuenta, a renglón seguido, de esta insostenible posición del materialismo puro, y elige otro camino para combatir la religión, oponiendo al Dios Creador, a quien los cristianos adoramos y en el que confiamos como Padre, otro Dios de su propia concepción que presenta en los siguientes términos:

"*Este Dios (el de la fe cristiana), sin embargo, no es el Dios Fuerza, Inteligencia, Voluntad, Energía, que como tal podría, según las circunstancias e indiferentemente, ser bueno o malo, útil o inútil, justo o injusto, misericordioso o cruel*".

¿Puede el lector comprender a este Dios contradictorio? Por nuestra parte, creemos que aquel "*algo desconocido*", *aquella* "*fuerza enigmática*", *aquella* "*inteligencia incomprensible*", *aquel* "*principio misterioso al cual en medio de la impotencia humana de hoy para explicar el* "*cómo*" *y el* "*porqué*" *de las cosas, el espíritu acepta complaciente*", *no puede* ser bueno y malo, justo e injusto, misericordioso y cruel a la vez. Sobre todo, si es una "fuerza inteligente", como parece reconocer nuestro contrincante, no puede estar en tal contradicción consigo mismo. Por este motivo preferimos considerarle bueno, justo y misericordioso, porque tenemos en la manifestación de sus obras muchas más razones para atribuirle este carácter que no el otro. Y aun cuando nos hallamos ante el misterio respecto a algunas cosas que no comprendemos, preferimos enfrentarnos con tales dificultades, no insuperables a la luz de la revelación que de sí mismo nos ha dado, antes que admitir la existencia de un dios absurdo y

contradictorio como el que trata de presentarnos el señor Faure.

Respecto al último párrafo en que el señor Faure nos dice que no es sino: "el Dios de las religiones, el de la historia religiosa de cada pueblo", a quien se propone negar, vamos a declarar que nos hallamos de acuerdo con él hasta cierto punto; pues no pretendemos nosotros tampoco defender a los dioses de todas las religiones. Sabemos que la Humanidad ha tenido conceptos muy deficientes y muy extraviados acerca de la Divinidad. Aun hoy día debemos reconocer que no conocemos a Dios de un modo perfecto ni mucho menos. Por lo tanto, los ataques que el señor Faure dirige contra los conceptos dogmáticos y supersticiosos de la Divinidad no nos afectan en lo más mínimo.

Sin embargo, en un Dios personal, mejor y más razonable que el de Faure, sí que creemos y vamos a demostrar que no es vana ni irrazonable nuestra fe.

PRIMERA PARTE

Dios

I
EL DIOS CREADOR

La acción creadora es admisible

El señor Faure dice lo contrario y prentende basar la fuerza de su argumento en el aforismo de Lucrecio: "Ex nihilo nihil", con la nada, nada puede hacerse; de la nada no puede salir nada. Esto nadie puede discutirlo. Pero si el señor Faure hubiese conocido mejor la filosofía deísta y cristiana se hubiera ahorrado esgrimir semejante aforismo. El clérigo Balmes, al igual que el señor Faure, escribe: "Si en algún momento no hubiese habido nada en absoluto, nunca jamás pudiera haber algo". Pero éste no es el caso de los que admitimos la creación, ya que ésta presupone al Creador, Ser infinito, Ser por esencia. Por lo tanto, el aforismo de Lucrecio huelga en este caso.

La Sagrada Escritura se refiere al misterio de la Creación con estas sencillas palabras: "Por fe entendemos haber sido compuestos los mundos por la Palabra de Dios; siendo hecho lo que se ve de lo que no se veía. (Hebreos 11:3). Esta fe no es imposible ni absurda, teniendo como base un Ser infinito en esencia, en ciencia y poder, de quien todo se origina.

Que el señor Faure, ni yo, ni nadie, puede explicar cómo el Ser infinito e inmaterial dio existencia a lo finito y sensible, es, más que natural, inevitable; pues ¿cómo va mi pobre mente a elevarse a tales alturas? Si no puedo comprender

muchas de las cosas que los hombres como yo han realizado por no haber sido testigo de su acción, sin que ella tenga nada de misteriosa ¿cómo podre adivinar ni comprender los secretos del Todopoderoso?

No obstante, la razón nos dicta que forzosamente la existencia de las cosas ha de ser por creación. En efecto: todo lo que existe es contingente, es decir, no tiene en sí mismo la razón de su existencia, puede ser y dejar de ser. No hay persona o cosa de todo lo que nos rodea que no proceda de otra, y ésta de otra, y así tenemos que discurrir hasta llegar a un Ser que no derive de otro, hasta un Causa que haya existido siempre, que tenga en sí misma la razón de su existencia. Esta causa es Dios.

En segundo lugar, es principio reconocido por todos los materialista y por nosotros, con ciertas limitaciones, que el Universo evoluciona físicamente. Ahora bien, todo aquello que evoluciona, que progresa, que se mejora, no es eterno; no puede serlo, pues evolución implica un comienzo. ¿En dónde pondríamos este principio de progreso en un Universo que fuera eterno? Lo que una vez evolucionó o progresó, ¿por qué no empezó antes a evolucionar? ¿A qué fin se dirige esta progresión? De haber evolucionado desde la eternidad, debería ya haber llegado al límite de la perfección... Estas preguntas insondables, pero muy racionales, surgen en la mente más sencilla desde el momento en que descartamos la idea de un Dios eterno, Creador de todo lo que nos rodea.

Así que, señor Faure, en lugar de ser "la hipótesis de un Ser verdaderamente Creador, una hipótesis que la razón rechaza", acabamos de ver que es todo lo contrario; pues es la única razón plausible para explicar la existencia del Universo, tal como éste se nos aparece a la luz de la Ciencia y, por lo tanto, la conclusión de su argumento: "El Ser creador no existe, no puede existir", resulta una afirmación precipitada y petulante al ser enfocada por la primera ráfaga de luz de una sana filosofía.

II
ESPIRITUALIDAD DE DIOS

El espíritu puro pudo dar existencia al Universo

El segundo argumento de Faure se reduce a este dilema: "O bien la materia estaba fuera de Dios, o bien era Dios mismo (no creo podáis otorgarle un tercer lugar). Así, pues, en el primer caso, si estaba fuera de Dios, no tuvo éste necesidad de crearla, puesto que ya existía; y si no existía con Dios no cabe la menor duda que estaba en concomitancia, de lo que se desprende que vuestro Dios no es creador". "En el segundo caso, si no estaba fuera de Dios, es que estaba en Dios mismo, y en este caso salgo a la conclusión siguiente: Que Dios no es el espíritu puro, puesto que llevaba en sí, una partícula de materia: ¡Y qué partícula!: ¡la totalidad de los mundos materiales!".

Como materialista ques es, el señor Faure no concibe que el Universo pudiera existir en Dios sino de una manera material. Los filósofos escolásticos nos dicen que el Universo estaba en idea. Esto es: Que así como el artista antes de ejecutar la obra la tiene en sí mismo, tiene la idea ejemplar de la estatura, del cuadro o del edificio que se propone ejecutar, de modo semejante estaba en Dios el Universo.

En cuanto al argumento de que Dios no puede ser espíritu puro si la materia procede de su Esencia, o en otras palabras, si ha sido ella creada por él, nos parece, además de sofístico,

pueril. Para argumentar de esta suerte deberíamos conocer perfectamente qué es la materia y qué es el espíritu.

En cuanto a la materia, los más eminentes físicos están unánimes en decirnos que no saben lo que es. Desde que se habla de la teoría electrónica, nuestra idea de la materia ha cambiado enteramente.

Es algo difícil —dice el doctor Gibson en su libro "La Ciencia al día"— imaginarse que un pedazo de tierra sólido sea un compuesto de millones de millones de átomos invisibles unidos unos a otros por una fuerza de atracción semejante a la que hace girar los mundos en el espacio; pero la ciencia va todavía más allá. Podemos demostrar por experiencia directa que existen elementos mucho más pequeños que los átomos invisibles por su pequeñez. En realidad, el átomo de cualquier materia está formado por cuerpos eléctricos de sutilidad inconcebible a los cuales llamamos electrones; de suerte que, según creemos, los átomos del oro y los que forman el polvo de las calles están constituídos por una sola materia prima: la diferencia entre unos y otros consiste, posiblemente, en la distribución y número de electrones que se mueven en cada átomo. Si la teoría de los electrones es cierta, la materia estaría compuesta únicamente de electricidad. Un muchacho me preguntó un día si había electricidad en su cuerpo y cuando le contesté que todo él estaba hecho de electricidad lo tomó como una broma" (1).

¿No es verdad, lectores, que estas revelaciones de la Ciencia revolucionan enteramente nuestros conceptos superficiales y groseros acerca de la materia? No significa esto sin embargo

(1) Esta cita de un libro escrito hace treinta y cinco años ha sido plenamente confirmada por la Ciencia. Hoy ningún científico diría creemos, sino, "sabemos" o "está comprobado" que la diferencia entre el oro y el barro de las calles está constituido por una sola materia prima, y que la diferencia entre unos y otros átomos consiste tan solo en la distribución y número de electrones que se mueven en cada átomo.

que hayamos dado solución al problema de la creación de la materia sensible. Queda todavía una gran distancia entre este elemento imponderable, que conocemos con el nombre de electricidad, y el concepto que tenemos del espíritu puro; pero no podemos negar que estas modernas teorías científicas han venido a acortar mucho la distancia entre el mundo espiritual y el material.

Es muy cierto lo que dice el señor Faure: "*El espíritu puro no tiene ni forma, ni cuerpo, ni línea, ni materia, ni proporción, ni profundidad, ni extensión, ni volumen, ni color, ni sonido, ni densidad, todas cualidades inherentes al Universo*". Pero tampoco la electricidad tiene forma, ni cuerpo, ni línea, ni profundidad, ni extensión, ni volumen, ni color, ni sonido, y, sin embargo, nos dicen que es causa eficiente de cosas que poseen estas cualidades.

Es, sin embargo, evidente, que la electricidad no puede ser la Causa Primera de las cosas, ya que no se nos revela como fuerza inteligente. La Causa Inteligente colocada detrás de esta fuerza misteriosa, que dio sus leyes al electrón y al átomo, que les imprimió el primer movimiento, que les hizo juntar en determinados grupos siguiendo fines y propósitos que se han hecho evidentes en la ordenada disposición del Universo y del Mundo, ha de ser infinitamente superior a todas las fuerzas conocidas, y no podemos abrigar la esperanza de encontrarla con nuestros instrumentos, ni mucho menos dominarla, como dominamos, por ejemplo, a la electricidad.

Es evidente que el Espíritu Puro no puede ser accesible al ser humano, de un modo físico, por las razones que apunta el señor Faure, de acuerdo con los principios de toda sana filosofía; de ahí la necesidad de la revelación. Creemos que el hombre jamás hubiese encontrado a Dios, si Este no hubiese tenido a bien revelarse de un modo adecuado a nuestras pobres y limitadas inteligencias.

Si existe o no tal revelación, es lo que toca al hombre investigar.

Que no exista ningún Espíritu Puro detrás de la materia sensible, o que tal Ser no pueda revelarse a los hombres, si le place, es lo que el incrédulo no puede afirmar.

Si en asuntos mucho más sencillos, que se refieren a cosas tangibles, los sabios no se atreven a formular un "no puede ser", pues saben cuántas veces tal pretensión ha sido desmentida por los adelantos de la Ciencia, ¡qué torpe resulta tal afirmación al tratarse del gran misterio del origen y causa de todas las cosas!

Es bien probable que si alguien hubiese afirmado en presencia del señor Faure, que antes de 25 años sería posible enviar satélites artificiales a la estratosfera, proyectiles a través del Atlántico, y cohetes a la luna, se habría sentido inclinado a suponer que tal afirmación era una broma; pues nadie podía prever, hace tan solamente un cuarto de siglo, dónde se hallaba una fuerza capaz de infundir tal impulso, ni cómo los hombres podrían controlar una potencia tal; pero hoy es todo ello conocido y evidente para el mundo entero. El estudio de los átomos nos ha abierto un mundo de maravillas, antes cerrado e ignoto para la mente humana.

Pero ¿cuál es la fuerza detrás del átomo, que determina su contextura y se ha complacido —valga la expresión— en constituir la materia en su extensa variedad y sus acertadas y útiles combinaciones para dar lugar a la existencia y al mantenimiento de la vida en sus diversos géneros?

¿Quién es el autor de ese plan que se dirige, de un modo evidente, desde el átomo más simple, o con menor número de electrones, al más complicado, y de la materia inerte al "homen sapiens", capaz de preguntarse el por qué de las cosas, y de darse cuenta de su propia exsitencia y de presentir al Autor de todas ellas?

Esto no puede responderlo la Ciencia con exactitud matemática, pero lo presiente de un modo inevitable. El lenguaje de los hombres verdaderamente sabios deja de ser petulante cuando más se acercan al borde del gran misterio. Oigamos

por ejemplo al Dr. Whitney, presidente que fue de la Sociedad Americana de Química, y uno de los hombres de ciencia más eminentes de nuestro siglo, declarar al redactor del "New York Times", señor Gray, en una interviu que se publicó en el gran rotativo a fines del año 1930: "Si se nos pregunta cómo existe la materia en su forma palpable y visible; por qué razón se juntan los electrones alrededor de un centro atómico; por qué se atraen los mundos a millones de kilómetros de distancia; por qué viajan los mundos en el espacio? No lo sabemos. Hablamos de leyes y formulamos reglas: la ley de la gravedad; la atracción universal, etc.; pero esto no es sino un modo de disimular nuestra profunda ignorancia sobre los misterios del Universo. Si decimos, pues, que todo ello sucede porque Dios lo quiere así, podrá parecer pueril nuestra explicación, pero la verdad es que carecemos de otra mejor" (2).

La ciencia parece haber adelantado unos pocos pasos en estos misterios desde que el sabio profesor hizo estas declaraciones; quizá podemos decir que conocemos un poco mejor "las leyes de Dios", con respecto a la materia pero no han descubierto los sabios, ni descubrirán jamás, las leyes que eliminen o hagan innecesario al Creador y sustentador de la materia y de las fuerzas del Universo.

Logramos deshacer la materia desintegrándola y convirtiéndola en elementos electrónicos pero no hemos hallado la manera de crear materia.

Sin embargo, alguien anterior al hombre, debió conocer estos secretos que aún ignoramos. Alguien debió disponer que los tales elementos se juntaran alrededor de centros atómicos; y lo más importante es que lo dispusiera en tal forma que no

---

(2) A pesar de los tremendos avances de la ciencia electrónica en estos últimos 40 años, las preguntas del Dr. Whitney permanecen sin respuesta. Podemos actuar sobre la materia pero desconocemos su secreto; el verdadero y colosal secreto de su origen, y del principio y propósito y todas las cosas.

resultara una sola clase de materia, sino muchas, y variadas, y que éstas formaran, no un caos material, sino un Universo ordenado de seres estructurados con admirable sabiduría, y, que al fin, por lo menos una raza de éstos llegará a poseer una mente capaz de decirse: ¿y esto qué es?

Si la respuesta a tal pregunta ha de sar: "Esto no es nada", como pretende al Señor Faure, el Creador habría fracasado al crear la raza humana. Habría empleado sus sapientísimos recursos para crear un "topo intelectual", es decir, un ser ciego a las más evidentes manifestaciones de la infinita sabiduría, poder y bondad de su Padre y Creador.

Pero éste no es el sentir de la inmensa mayoría de la Humanidad. No lo ha sido en siglos pasados, en medio de su profunda ignorancia de las maravillas del Universo; mucho menos puede ser la respuesta de los verdaderamente sabios de nuestra privilegiada Edad.

Por esto, escribía el profesor C. A. Chant, profesor de astrofísica, en una revista científica: "No titubeo en decir, que, por lo menos, el noventa por ciento de los astrónomos han llegado a la conclusión de que el Universo no es el resultado de una ley ciega, sino que es regulado por una gran Inteligencia. Lenta, pero ciertamente, la mente de los grandes pensadores está volviéndose al Creador, al Dios de la providencia".

Estamos seguros que, de haber sido el señor Faure hombre de ciencia, en lugar de ser el paladín de ideas sociales que nada tienen que ver con las ciencias físicas o con la filosofía, no se habría atrevido a hablar con tal aplomo sobre misterios que van un tanto más allá del límite accesible a nuestros conocimientos.

III
PERFECCION DIVINA

No hay dificultad en que lo Perfecto Absoluto pueda producir lo menos perfecto.

Dice así el señor Faure: "*Estoy segurísimo que si hago a un creyente esta pregunta: ¿Lo imperfecto puede producir lo perfecto?, me respondería sin la menor vacilación, negativamente.*

Por las mismas razones y con la misma fuerza y la misma exactitud, puede producir lo imperfecto.

Aquí sí que el señor Faure revela no sólo un mal filósofo, sino hasta ignorante de los principios elementales de la lógica. ¿En qué razón lógica se fundamenta para decir que si lo imperfecto no puede producir lo perfecto —esto es de sentido común—, lo perfecto no puede producir lo imperfecto? ¿Cuándo se ha dicho que porque el que sólo tiene cuatro no puede dar seis, el que tiene seis no puede dar dar tres? ¿Dónde se ha visto que el que tiene más no puede dar menos de lo que posee? Mal principio lleva, en verdad, este argumento.

Tras de esta falla, que no podemos calificar de pequeña, empieza el señor Faure a obsequiarnos con tan atinadas frases, que no desdicen de un verdadero creyente, diciendo: "*Existe una relación directa, fatal y hasta matemática entre una obra y su autor. Por la producción se conoce el valor intelectual, la capacidad, la habilidad del sabio, del pensador, del obrero,*

del artista, como por la calidad de la fruta se distingue el árbol a que pertenece.

Si examinamos un texto mal redactado en el que abundan las faltas de ortografía y las frases están mal construídas, el estilo es pobre e incoherente, las ideas raras y banales, los detalles inexactos, no creo se nos ocurrirá atribuir un escrito de tal naturaleza a un cincelador de frases, o a un maestro en literatura... Tenemos la completa seguridad de que por la ejecución puede jurzgarse el mérito del artista". Luego añade:

"*La Naturaleza es bella; el Universo es grandioso y yo admiro apasionadamente, tanto como el que más, los esplendores y las magnificiencias de que nos ofrece un ininterrumpido espectáculo. Sin embargo, por muy entusiasta que yo sea de las bellezas naturales, y por grande que sea el homenaje que les rinda, no me atreveré a sostener que el Universo sea una obra sin defectos, irreprochable, perfecta, y no creo haya nadie capaz de sostener tal opinión*D.

No; ni la sostenemos tampoco nosotros; ni el mundo ni el Universo son una obra perfecta. ¿Por qué se hallán todavía en período de evolución, como obra no terminada? ¿A causa del pecado como decimos los creyentes? Sin duda es esto la gran razón, por lo que se refiere al aspecto moral. Nadie podría pretender que la Venus de Milo no sea una obra de arte excelente, porque algún deterioro posterior haya quitado parte de su belleza, al dejarla mutilada lastimosamente.

Pero el señor Faure nos ofrece, a renglón seguido, una gran ventaja táctica, cuando pasa a referirse a lo perfecto o imperfecto de un modo filosófico o totalitario, diciendo: "*Lo perfecto es lo absoluto; lo imperfecto, lo relativo; en frente de lo perfecto, que significa todo, lo relativo; lo contingente, no significa nada, no tiene valor, se eclipsa, y, por lo tanto, no hay nadie capaz de establecer relación alguna entre ambos.* A fortiori *sostenemos la imposibilidad de evidenciar, en este caso, la rigurosa concomitancia que debe existir entre la causa y el efecto*".

Como el señor Faure no admite la Creación, no comprende que entre lo perfecto y lo imperfecto, o sea entre lo absoluto y lo relativo, se establece la relación de creador y criatura. Ningún filósofo cristiano ha pretendido jamás que Dios haya creado un Universo perfecto, tanto como lo es Dios mismo. Decir criatura es afirmar que es finita, contingente, temporal, relativa, es decir, imperfecta. Así que necesariamente Dios ha creado lo imperfecto. Y al decir que no puede crear lo absoluto, lo infinito, esto es, lo perfecto en el sentido filosófico, no quiere decir que no sea omnipotente; en este caso resultaría Dios creando otro Dios, lo cual es un absurdo, todo su argumento cae por el suelo por basarse en un absurdo.

Toda perfección fuera de Dios es siempre relativa. Así podremos decir: todo lo que ha hecho Dios es perfecto, en el sentido de que es bueno, hermoso o bien organizado. Y en el sentido del señor Faure podemos también decir: todo lo que ha hecho Dios es imperfecto; y aunque parecen dos proposiciones contradictorias, son ambas verdaderas, pues dicen lo mismo. En efecto, todo lo que ha hecho Dios es perfecto relativo, por lo tanto se niega que sea perfecto absoluto (1).

---

(1) El panteísmo idealista de Hegel, supone que Dios es imperfecto, y que se desenvuelve sin cesar en la Naturaleza y en la humanidad en un eterno venir a ser.

Pero la filosofía cristiana es mucho más racional. En efecto, ¿cómo podía un ser imperfecto, buscando él mismo la inteligencia, la sabiduría, crear un Universo que se muestra organizado desde su mismo principio con admirable ciencia y propósito?

No; Dios es perfecto en sabiduría, como en todos sus atributos, y lo ha sido siempre. Esto nos demuestra la misma constitución del átomo y de la célula. Que El haya creado una serie ordenada de seres diversos, con diversas facultades y posibilidades, desde la amiba o el gusano hasta el ser humano, no desdice de su ciencia, que se muestra admirable y maravillosa en todas las cosas. En efecto: En el ala de una mariposa, y hasta en un simple insecto, hay destellos de sabiduría infinita, como los que se muestran en la criatura humana, corona de la Creación.

Una exposición más extensa de este argumento, aunque todavía muy breve y elemental, la constituyen los libros: "A Dios por el átomo", y "Pruebas tangibles de la existencia de Dios", ambos publicados por la Editorial CLIE.

IV
ACTIVIDAD DIVINA

El Ser Eterno activo y necesario, nunca ha estado inactivo

Dice Faure:

"Si Dios existe, es eterno, activo y necesario.

¿Eterno? Lo es por definición. Es su razón de ser. No puede concebírsele comenzando o acabando; no puede haber aparición ni desaparición; es de siempre.

¿Activo? Lo es y no puede dejar de serlo; puesto que su actividad ha engendrado cuanto existe: puesto que su actividad se ha afirmado, dicen los creyentes, por la acción más colosal y más majestuosa que imaginarse pueda: la Creación de los Mundos.

Decir que Dios no es eternamente activo, es admitir que no siempre lo fue, que ha llegado a serlo, que ha comenzado a ser activo, que antes de serlo no lo era, y puesto que por la Creación se ha manifestado su actividad, es afirmar a un mismo tiempo que durante los millares y millares de siglos que precedieron a la acción creadora, Dios estaba inactivo".

Pero, señor Faure, si los creyentes no hacemos depender la actividad de Dios de la creación del Universo material. Antes que la materia, está el espíritu. La acción del Infinito, actuante en lo inmaterial, en aquel modo de existencia donde

—el tiempo no se cuenta, por ser anterior a la criatura— no la podemos imaginar ni calcular, porque escapa a toda investigación. La razón sólo nos dice que si Dios es activo ha de haberlo sido siempre en los dominios espirituales. El Universo es una forma contingente de su actividad eterna.

La actividad divina tiene por único objeto el Universo material, dice el señor Faure. Nunca han afirmado semejante principio los creyentes. Por ello se tambalea también su argumento.

V
INMUTABILIDAD DE DIOS

El Ser inmutable puede haber creado.

Oigamos al señor Faure:

"Si Dios existe, es inmutable. No cambia, no puede cambiar. Mientras que en la Naturaleza todo se modifica, se metamorfosea, se transforma, nada es definitivo, sino que llega a serlo. Dios, punto fijo, inmóvil en el tiempo y en el espacio, no sujeto a modificación alguna, no se transforma ni puede llegar a transformarse.

Es hoy lo que fue ayer, será mañana lo que es hoy, que se busque a Dios en la lejanía de los siglos pasados como en la de los tiempos futuros es y será constantemente idéntico en sí.

Dios es inmutable.

Sin embargo, sostengo que, si Dios ha creado, no es inmutable, pues ha cambiado dos veces.

Determinarse a querer es cambiar. Es evidente que existe un cambio entre el ser que quiere una cosa y el que ,queriéndola, la pone en ejecución.

¿Dios ha creado?, decís vosotros. Sea. Entonces ha cambiado dos veces: la primera vez, cuando tomó la determinación de crear; la segunda vez al llevar a la práctica esta determinación y ejecutarla.

Si ha cambiado dos veces, no es inmutable. Y si no es inmutable, no es Dios, no existe".

Evidentemente, Dios es inmutable en su esencia, en sus atributos, en sus principios morales; pero inmutable no quiere decir estático, inmóvil, incapaz de moverse o de determinarse en algún sentido. La autodeterminación es el atributo característico de la inteligencia. Si Dios no pudiese determinarse, no tendría voluntad, no sería inteligente, en una palabra, no sería Dios.

De modo que el señor Faure sueña primero con una clase de inmutabilidad que los creyentes no atribuimos al Ser Supremo, y luego, basado en su propia idea de inmutabilidad, juzga la cuestión insoluble. Es decir: crea la dificultad para poder ridiculizarla después. Por mi parte, he de decir que me quedé admirado cuando leí en el folleto del señor Faure tal concepto de inmutabilidad que condena a Dios a la impotencia. Este será, si se quiere, el dios del señor Faure, aquel dios que puede ser "*bueno o malo, útil o inútil, justo o injusto, indiferentemente*"; pero, en ninguna manera, es el Dios de los cristianos.

En otro capítulo, al hablar del problema del mal, demostraremos que, precisamente porque Dios es inmutable en cuanto a sus principios morales, ha de cambiar de actitud y, por ende, de proceder, para con sus criaturas, libres, cuando éstas se arrepienten y vuelven a El. Este cambio no contradice su inmutabilidad, sino que la glorifica.

VI
MOTIVO DE LA CREACION

DIOS NO PUDO HABER CREADO SIN MOTIVO. AUNQUE DESCONOCEMOS MUCHOS DE SUS GRANDES PROPÓSITOS, DESCUBRIREMOS QUE FUE GLORIOSO EL MOTIVO DE LA CREACIÓN.

"*Salta a la vista que, si Dios ha creado, es imposible admitir realizara este acto tan grandioso, en el que las consecuencias debían ser fatalmente proporcionadas al acto mismo, y, por consiguiente, incalculables, sin que lo hiciera determinado por una razón de primer orden*".

Tal es el lenguaje de Faure, con el cual estamos completamente de acuerdo. Pero luego añade: "*Ahora bien. ¿Cuál pudo ser esta razón? ¿Por qué motivo tomó Dios la resolución de crear ¿Qué móvil le impulsó a ello? ¿Qué deseo germinó en él? ¿Qué designio se forjó? ¿Qué idea persiguió? ¿Qué fin se había propuesto?*".

A continuación introduce en la escena a un niño educado en la religión cristiana, que, por curiosidad, pregunta a sus maestros el porqué y para qué Dios le ha creado y le ha puesto en el mundo, y afirma que éstos "son incapaces de contestar a tan simple interrogación con una respuesta plausible, sensata".

"*Imaginémonos —dice— a Dios antes de la Creación. Tomémosle en su sentido absoluto. Está completamente solo, no necesita ni desea ayuda de nadie, está perfectamente tran-*

quilo, es perfectamente feliz, perfectamente poderoso. Nada puede disminuir su tranquilidad, nada puede disminuir su felicidad, nada puede aumentar su poder.

Bien mirado, este Dios no puede experimentar ningún deseo, puesto que su felicidad es infinita, ni perseguir ningún fin, cuando nada falta a su perfección; no puede formar ningún designio, puesto que nada puede extender su poder; no puede determinarse a querer nada, no teniendo necesidad alguna.

¡Ea! Filósofos profundos, pensadores útiles, teólogos prestigiosos, responded a este niño que os interroga, y decidle por qué Dios lo ha creado y lo ha lanzado al mundo.

Estoy bien tranquilo: vosotros no podéis responder, a menos que no le digáis: "Los misterios de Dios son impenetrables", y aceptéis esta respuesta como suficiente".

Sí, señor Faure, aceptamos esta respuesta como suficiente, porque, aun en el terreno humano, cuando nos encontramos delante de un hecho ejecutado por persona honrada y de preclara inteligencia, si no sabemos descubrir el motivo que le ha impulsado a llevarlo a cabo, decimos: "Cuando él lo ha hecho, su razón tendrá". Es decir, confiamos en la sensatez de tal persona para creer que lo que hace es con un fin razonable y digno. ¿Por qué no hemos de pensar lo mismo del Supremo Hacedor? No es quién el hombre para penetrar en sus designios. Sólo intentarlo es gran petulancia. Sin embargo, los creyentes, enseñados por la Sagrada Escritura acerca del carácter de Dios y apoyados en el estudio de la Naturaleza, descubrimos en la Creación algún motivo muy plausible.

Dios no necesita nada; nada puede hacerle más feliz; pero la bondad es comunicativa de por sí. La Bondad Infinita lo es en modo supremo. Por esto creemos que Dios quiso comunicar su propia felicidad con el privilegio de la existencia a aquellas criaturas que conocía y contemplaba en las ideas ejemplares que de todas las cosas tiene desde el principio. Como su fin último, los seres racionales no pueden existir para

un objeto superior que el Dios a quien presienten en la Creación, solemos decir que Dios los ha creado para Su gloria extrínseca, y en esta gloria de Dios va incluida la felicidad de estas mismas criaturas.

De esto tenemos muchas experiencias los cristianos, de las cuales ni el señor Faure, ni nadie que no sea verdaderamente convertido, puede participar. Y es que somos tanto más felices cuanto más procuramos la gloria de Dios. En nada experimentamos satisfacción tan profunda y verdadera como en el cumplimiento de su santa voluntad, según se halla revelada en las Sagradas Escrituras y en el tribunal íntimo de nuestra conciencia. Podrá llamarse a esto ilusión, misticismo, o como se quiera; pero el hecho persiste como un fenómeno psicológico del ser humano, único ser vivo al que se ha podido aplicar el adjetivo de religioso.

Servir a Dios, aprendiendo y admirando más y más los infinitos tesoros de su sabiduría y bondad imponderables. Ser instrumentos de sus sabios designios y testigos de su misericordia a seres celestiales por los siglos de los siglos: tal es el fin que aguarda a los creyentes leales, según la enseñanza de las Sagradas Escrituras. Podrá decir el señor Faure que este motivo no le place o no le convence. Comprendido; pero nos place soberanamente a nosotros, como place a toda alma que ha llegado a sentir el amor de Dios en lo íntimo de su ser, y ha respondido a tal amor con su amor (1).

---

(1) Esta idea del propósito de Dios en el futuro eterno para con la humanidad redimida, sobra por la obra redentora de Cristo, probada en la escuela de la vida; eternamente agradecida, y dispuesta a conocer los insoldables misterios del Universo y a glorificar a su benigno Creador y Redentor entre las razas no pecadoras de un Universo insoldable (los 99 justos de Lucas 15), es expuesta más ampliamente por el autor, después de algunas consideraciones sobre la Filosofía antigua y moderna en su libro "La Nada o las estrellas", de próxima publicación por CLIE.

VII
DOS OBJECIONES IMPORTANTES

Conocemos imperfectamente a Dios.

El señor Faure pone en boca de sus opositores creyentes palabras tan atinadas como estas:

"*No tiene usted derecho para hablar de Dios en la forma que lo hace*". "*Dios planea a unas alturas que sois incapaz de llegar*". "*No perdáis de vista que es tan imposible al hombre comprender la manera en que Dios procede como a los minerales imaginar cómo viven los vegetales, como a los vegetales concebir el desarrollo de los animales y a los animales saber cómo viven y operan los hombres*". "*Confesad lealmente que no os es posible comprender ni explicar a Dios, pero de que no podáis comprenderlo ni explicarlo, no saquéis la consecuencia de que os dé el derecho a negar su existencia*".

A lo cual responde Faure: "*¿No sois vosotros hombres lo mismo que yo lo soy? ¿No os depara Dios como a mí me depara? ¿No os es inaccesible como a mí me lo es? ¿Tendréis la pretensión de creeros iguales a la Divinidad? ¿Tendréis la manía de pensar y la tontería de creer que de un vuelo podéis llegar a las alturas que Dios ocupa? ¿Seréis presuntuosos al extremo de creer que vuestro pensamiento, que es finito, puede comprender lo infinito?*". Y termina diciendo:

"*Han sido vuestras afirmaciones las que han provocado mis negaciones*".

"*Cesad de afirmar vosotros y yo cesaré de negar*".

Nuestra respuesta a Faure es que, si pensar es manía, nosotros tenemos tal manía, no podemos evitarla, porque está ligada a nuestra condición de seres humanos. Pero no es la manía de *pensar que, podemos llegar a las alturas que Dios ocupa,* ni que nuestro pensamiento finito pueda comprender lo infinito. En este mismo libro hemos repetido y demostrado que no tenemos tal pretensión; pero no podemos renunciar al uso de las facultades de nuestro intelecto para pensar acerca de las cosas sensibles que nos rodean y ellas nos hablan, a grandes voces, de la existencia de un Creador inteligente. Una cosa es presuponer la existencia de Dios, y otra tratar de investigar, como lo han hecho imprudentemente los teólogos de edades pasadas, cómo y qué es Dios. Podemos ignorar todos los detalles que se refieren a su persona, el tiempo en que ejecutó su obra y los procedimientos de que se valió para ello; pero esta ignorancia nunca nos sugerirá una duda acerca de la misma existencia del artista. Nadie se atrevería a pretender que porque desconocemos a los artistas que llevaron a cabo la mayor parte de las obras que nos ha reservado el arte antiguo de Egipto o de Grecia, aquellas maravillas de arquitectura y escultura no tuvieron algún autor inteligente que las diseñó y cuya ejecución dirigió.

De modo que a la chocante proposición que nos hace el señor Faure, al decir en el párrafo final de este argumento: "Cesad de afirmar vosotros y yo cesaré de negar", responderemos que: como nuestras afirmaciones no están basadas en un capricho, no podemos retirarlas por nuestra voluntad. Nuestra fe se halla fundada en hechos tangibles: el orden, la armonía y la ciencia, que se revelan en las obras de la Naturaleza, y en nuestra experiencia íntima de los fenómenos espirituales. Mientras que las negaciones de los ateos, soslayando toda prueba, no se basan más que en una idea de odio a los representantes de ciertas religiones, de cuyo odio hacen indebidamente objeto al mismo Autor del Universo.

Decimos, por tanto, que, para dejar de afirmar nosotros,

tendrían que cesar los hechos que han motivado nuestras afirmaciones. Que cese la armonía y belleza que se revela en las obras de la Naturaleza, que vuelva el Universo a ser un caos, y entonces será cuando podremos cesar de pensar en un Creador Inteligente, Autor y sustentador de las maravillas que nos rodean.

NO HAY EFECTO SIN CAUSA.

Se hubiese evitado el señor Faure escribir tanto sobre esta materia si hubiera estudiado más a los filósofos, pues sabría la enorme diferencia que hay entre las causas segundas, que son las que conocemos, y la Causa Primera: Dios. Las causas que conocemos no dan la existencia; sus efectos son combinaciones de lo existente, mientras que la primera causa Dios, da la existencia. Y así todo cuanto dice el Señor Faure sobre este punto, es verdad, tratándose de estas causas segundas, pero no lo es tratándose de la causa por antonomasia. la única vervadera: Dios, que da principio y existencia a todas las cosas.

El pretende que no tenemos ningún derecho para afirmar que el Universo es un *efecto.* Podría ser también una *causa,* existiendo desde toda la Eternidad. Reconozcamos esta posibilidad y vengamos a examinar la probabilidad de que así sea. Digamos pues:

¿Es el Universo una causa o un efecto? ¿Son sus características de causa o de efecto? La palabra efecto, del latín "facto", nos habla de una cosa que ha sido hecha, compuesta, originada de otra. ¿Hay razones para afirmar que el Universo es un efecto, o sea: una cosa hecha? Ciertamente.

Se revelan como cosas hechas todas aquéllas que demuestran designio, invención, objeto, finalidad.

Si el Universo fuese una inmensa mole de materia estática, sin organización, sin vida, sin designio evidente, habría razón para dudar de que fuese un efecto; podría haber existido en aquella forma desde toda la eternidad. Pero cuando se nos

presenta como un conjunto de materiales y organismos sabiamente enlazados, su cualidad de efecto salta a la vista.

Las causas segundas que se suceden, "se repiten y se penetran", como dice Faure, no se revelan como causas eficientes de los efectos que realizan, sino como meros instrumentos; así es el caso de los padres en la procreación y formación de los nuevos seres vivos, el de la tierra, el sol y el aire en la generación y desarrollo de las plantas. Nadie puede decir, por ejemplo, que la tierra es la causa "de las plantas", sino un instrumento, un medio muy apropiado que éstas encuentran para nutrirse y desarrollarse, asimilándose sus elementos constitutivos. Lo mismo debemos decir respecto al aire, al agua, al calor, etc. Todas éstas son causas segundas, instrumentos a los cuales no puede atribuirse la razón de ser de las cosas.

Si éstas no son causas eficientes, generadoras de la existencia, sino eslabones es una cadena larguísima de causas y efectos, es evidente que tenemos pleno derecho para pensar en una Causa, que lo sea de verdad, de la cual se hayan originado todas las otras, existente desde toda la eternidad. Para unos, esta Causa no es más que una célula ¡poderosísima y maravillosa célula que tuvo a bien multiplicarse para que nosotros pudiéramos tener existencia! Debiéramos adorarla si no resultara demasiado absurdo atribuirle las maravillas de inteligencia que admiramos! Para otros es una nebulosa indefinidamente enrarecida. ¡Admirable nebulosa!, deberíamos levantarte templos, si pudiéramos persuadirnos de que a ti debe atribuirse el admirable plan que descubrimos en la historia de los mundos. Para otros, esta Causa original es Dios, la Suprema Inteligencia del Universo. ¿Cuál de estos deísmos —pues al fin y al cabo deístas somos todos— es el más racional? ¿No es el que atribuye la cualidad de Causa, a un Ser Inteligente?

Nos queda por refutar una última objeción de este capítulo, y es la siguiente:

"Vosotros afirmáis, en fin, que Dios-Causa es eterno. De esto saco la conclusión que el Universo-Efecto es igualmente

eterno, puesto que a una causa eterna indudablemente corresponde un efecto eterno también.". "Si pudiera ser de otro modo, es decir, si el Universo hubiese comenzado en algún tiempo, Dios habría sido, por millares de siglos, una causa sin efecto —lo que es imposible—, una causa de nada, lo que sería absurdo...".

La puerilidad de este argumento salta a la vista. Ya dijimos, al tratar el tercer punto, que entre Creador y criatura no hay nada común, pues son dos polos opuestos. El infinito, la criatura finita, El necesario, la criatura contingente, El eterno, la criatura temporal. Por tanto, pretender que porque Dios-Causa es eterno, el Universo-Efecto ha de ser eterno también, es lo mismo que decir que porque yo tengo cuarenta años, todas mis obras (efectos de la causa que yo soy) han de tener la misma edad. Nadie puede penetrar en lo que era la existencia de Dios antes de la creación del Universo, ya que para esto deberíamos conocer a Dios de otra manera que como lo conocemos; pero esta ignorancia no da lugar en ninguna manera al gran absurdo de pretender que una causa y su efecto han de tener la misma edad. Una causa puede permanecer mucho tiempo existiendo de por sí sin ser causa de un efecto determinado, o siéndolo de otros efectos, hasta que llegó a serlo de aquél. Podríamos presentar muchos ejemplos entre las causas secundarias, y más podemos decirlo de la Causa mera (1).

---

(1) El hombre es una de las causas secundarias de la Creación. El materialista pretende convertirse a sí mismo en un dios, en sentido filosófico; pero al negar al todosabio Dios verdadero, como causa eficiente de la Creación, se niega a sí mismo. En efecto, el materialista se dice: **"Soy mortal, he de convertirme en un puñado de polvo, pero los átomos que entran en la constitución de mi organismo, son eternos y necesarios".**

Parecen no darse cuenta, los que así razonan, de que esos

Por esto, y sin tratar de ofender a nuestro antagonista, permítasenos que seamos nosotros quienes terminemos el capítulo con la pregunta que él dirige a sus lectores: "¿Está esto claro, señor Faure?". ¿No había caído usted en la cuenta de que sus sofísticos argumentos no habían de resultar tan insolubles como pretende?

---

mismos átomos se muestran de un modo muy diferente mientras constituyen un ser humano, un hombre inteligente, libre y responsable, que cuando pasan a ser un residuo, una secreción, un desperdicio...

Los átomos de materia que forman mi cuerpo cambian mil veces en el curso de mi vida: los que ayer entraban en la composición ya no me pertenecen, y los que hoy me constituyen pasarán mañana a formar parte de otro ser vivo o inerte. Es eso el torbellino vital, la asimilación y desasimilación de la materia recibida, transformada y desalojada en el laboratorio maravillosímo de nuestro cuerpo; pero la limitada capacidad de esos átomos y células nos demuestra de un modo evidente que tenemos como autor, no a la célula, no el átomo, que hoy recibimos y mañana expulsamos, sino al Creador del átomo y de lo que en nosotros es más que el átomo.

La materia pasa mil veces en formas diversas por nuestro cuerpo en el curso de una vida, y, sin embargo, continuamos siendo el mismo hombre, en medio de ese torrente de materia; el mismo "yo", ayer, hoy y mañana, con todos nuestros defectos y cualidades. ¿Cómo podría ser la materia, el más contingente, el más necesitado de los seres de la naturaleza, la causa primaria, motivo y razón de todas las otras causas? ¿Y cómo podríamos nosotros ser un simple puñado de materia?

Es mucho más lógico creer en una Causa Suprema, inteligente y poderosa, motivo de todas las otras causas secundarias y a nosotros mismos como una de estas causas, enlazados a un Creador inteligente, que hacernos a nosotros mismos "dioses de materia", es decir, partes de una causa esencial pero ininteligente, que carece de libertad o de poder voluntario, cuando nosotros mismos somos inteligentes, poseyendo facultades que el supuesto dios-materia no posee de modo alguno.

SEGUNDA PARTE

Dios y el Universo

I
LA PROVIDENCIA DIVINA

El Dios Gobernador o Providencia confirma la existencia de Dios como Creador.

Dice Sebastián Faure:

"Concibo que, en rigor, pudiera creerse en la existencia de un Creador perfecto, o que se creyera en un gobernador necesario; pero me parece imposible que razonablemente pueda creerse en la existencia de uno o de otro al mismo tiempo, porque estos dos SERES perfectos se excluyen categóricamente. Afirmar a uno es negar a otro. Proclamar la perfección del primero es confesar la inutilidad del segundo. Sostener la necesidad del segundo es negar la perfección del primero".

Ante todo debo advertir que está tan mal planteado el problema, que cualquier filósofo cristiano que esto leyere se echaría a reír. Los creyentes, señor Faure, nunca hemos creído en estos dos seres, sino en un solo Ser Creador y Gobernador del Universo. Por lo tanto, mal se pueden excluir siendo uno. Quizás nos dirá el señor Faure: Hombre, usted no me habrá entendido, me he expresado mal, quería decir que estos dos conceptos, Creador y Gobernador, se excluyen mutuamente. Sea como quiera, la objeción es muy infantil.

El señor Faure cree, como casi todo el vulgo, que al dar Dios leyes al Universo no tuvo otra cosa que hacer, que pudo

despreocuparse de su obra, como el arquitecto al concluir el edificio. No se ha dado cuenta de la enorme diferencia que hay entre una cosa y otra. Los materiales del edificio nada tienen que ver con el arquitecto. Antes que éste viniera al mundo, aquéllos existían y existirán también después que el edificio ha sido construido aparte del arquitecto. Es natural, pues, que una vez acabado éste, su constructor no se ocupe más de él, ha concluido su obra. Pero... no pasa así con la Creación, cuyos materiales tienen la existencia por la acción creadora de Dios; y como enseñan todos los filósofos cristianos, si Dios dejara de obrar donde ellos, volverían a la nada, de donde salieron. Así es que existen las cosas, no sólo porque Dios las creó, sino porque las va conservando.

El materialista se niega a reconocer la acción constante y directa del Creador sobre el Universo. Dice que todo se conserva en su estado actual por razón de las leyes naturales. Pero bien: ¿qué entendemos por leyes de la naturaleza? Todos estamos conformes en que la ley es nada si no hay un poder que obligue a su cumplimiento. Esto es verdad, tanto en el terreno político como en el físico.

El Creador, como alma que es del Universo, cuenta con una fuerza misteriosa, incapaz de ser definida, por la cual mueve y ordena la materia a su voluntad, con la misma facilidad con que nosotros movemos los miembros de nuestros cuerpos. Nadie ha podido explicarse todavía por qué razón girán los mundos en el espacio con velocidades asombrosas, ni cómo empezó el primer movimiento. Newton, al descubrir la ley de la gravedad, nos dio la fórmula, pero no nos reveló el secreto. Los últimos descubrimientos e hipótesis de la Ciencia, más bien apoyan que contradicen la idea de que existe un poder misterioso, inmanente, en la materia del Universo.

Siguiendo a muchos filósofos materialistas, Faure pretende que es incompatible con la sabiduría y grandeza del Creador el que Este intervenga para reparar y dirigir su obra: "*El Dios gobernador* —dice— *niega la perfección del Dios crea-*

dor". Pero esto es sencillamente tener un concepto anticuado y mezquino de lo que es la Creación.

Ya dijimos que ningún creyente pretende que el Creador efectuase una obra perfecta en sentido absoluto, y menos que quedara ésta completa en un instante; antes la misma Sagrada Escritura afirma que el mundo fue creado en seis épocas, mejorándose paulatinamente en cada una de ellas. Sabemos también que el verdadero mérito de todo artista consiste, no en evitar las dificultades, sino en superarlas. Retoques y compensaciones admirables a todo detrimento y desgaste es lo que está realizando automáticamente el Creador por medio de las llamadas leyes naturales. ¡Y qué sabiduría revelan tales retoques! Veamos, sino, unos pocos ejemplos:

La piel utilizada para trabajos rudos, en lugar de romperse e inutilizarse, como sucedería si se tratara de una obra humana se hace más y más resistente, cambia de color y se endurece por la misma acción que debería debilitarla. Los órganos de todo ser vivo, en lugar de desgastarse por el uso, se fortifican con el ejercicio. La Naturaleza provee de abundante lana a los animales obligados a vivir en climas fríos y despoja de ella a los mismos seres cuando pasan a residir en climos tórridos... Tales son, como muchas otras, las sabias diposiciones del Ser Creador y Gobernador que continúa atendiendo de modo admirable a las criaturas que llamó a la existencia, procurándoles, dentro de cada circunstancia, el posible bienestar.

Lo que el Creador está haciendo en las obras de la Naturaleza es un ejemplo de lo que realiza en el terreno moral. El pecado no puede ser atribuido a Dios, sino que es una posibilidad inevitable dentro de un Universo de seres libres. Que el Creador intervenga para reparar los males y desgastes que produce el pecado —con una lentitud que excita nuestra impaciencia dada la brevedad de nuestra vida terrestre, pero con la misma eficacia que observamos en las obras de la Naturaleza— no es nada incompatible ni extraño, antes al contrario,

nos demuestra que el Dios de la religión cristiana y el Creador de la Naturaleza son una misma cosa.

Por esto, nos permitimos decir al señor Faure que, del estudio de su objeción sacamos una conclusión diametralmente opuesta a la suya: "EL DIOS GOBERNADOR CONFIRMA LA EXISTENCIA Y SABIDURIA DEL DIOS CREADOR".

II
LA MULTIPLICIDAD DE DIOSES

La multiplicación de dioses falsos no es prueba contra la existencia del verdadero Dios, sino todo lo contrario.

Para el Señor Faure todos los dioses son falsos. La religión cristiana y todas las demás existentes se hallan en el mismo nivel. Todo lo referente a Dios, el alma, a la otra vida, que han venido enseñando las religiones es una mera ficción, o una falsificación. Así arguye Faure y sus congéneres materialistas de todas las especies.

Pero veamos. ¿Es esto lógico? ¿Cuándo la multiplicidad de una cosa ha venido a probar su inexistencia? Hablemos de falsificaciones. ¿Cuándo se ha probado que el afán de falsificar una obra de arte, un instrumento, o un escrito científico atestigua que no existe original auténtico de la celebrada obra? ¿No es precisamente todo lo contrario? Si no existe la verdad, tampoco existiría la falsedad; ésta presupone aquélla. Así, pues la multiplicidad de los dioses falsos atestigua la existencia del verdadero Dios.

En cuanto al argumento de que si existiera Dios no permitiría tal multiplicidad, o que se revelaría a los hombres de un modo tan manifiesto que obligase a todos a creer... respondemos:

1. *Que el hombre es un ser demasiado insignificante para*

argüir con tales exigencias respecto a la Divinidad. ¿Quiénes somos nosotros para exigir a Dios una determinada forma de revelación? Tenemos derecho a investigar y asegurarnos de que lo que aceptamos como revelación divina tenga garantías de serlo; pero exigir a Dios una determinada forma para todos los hombres, so pena de no aceptarle ninguna, es el colmo de la petulancia.

2. *Que Dios se ha revelado a todos los hombres por igual, por medios tan al alcance de todos, como son las obras de la Naturaleza y por la conciencia.* El apóstol San Pablo hablando de los paganos que ignoraban el Evangelio, dice: "Las cosas invisibles de El, su eterna potencia y divinidad se echan de ver desde la creación del mundo, siendo entendidas por las cosas que son hechas; de modo que son inexcusables. Porque los gentiles que no tienen ley, naturalmente haciendo lo que es de la ley, los tales aunque no tengan ley, ellos son ley a sí mismos, mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio juntamente sus conciencias, y acusándose y también excusándose sus pensamientos unos con otros, en el día que juzgará el Señor lo encubierto de los hombres conforme a mi Evangelio por Jesu-Cristo (Carta a los Romanos, Cap. 1,20 y 2,14-16).

3. *Que una revelación evidente y terrorífica no sería eficaz para ganar los corazones de los hombres, y la fe obtenida por tal medio carecería de valor moral.* Si Dios pusiera sus leyes escritas con letras de fuego en el azul del cielo, no lograría con ello hacer a los hombres mejores en su fuero interno, sino únicamente sujetarlos por un sentimiento de terror. En cambio, un hombre sinceramente convertido, que ha visto el amor de Dios, revelado ya en cierta medida en las obras de la Naturaleza, magnificándose hasta el punto de llevar a su Redentor, Dios y Hombre perfecto, a sufrir por sus culpas en la cruz del Calvario, y se siente atraído por tal maravilla de benevolencia, llegará a comprender y amar a Dios de un modo muy superior a como le conocería y reverenciaría, de hallarse movido tan solamente por motivos de coacción y terror.

Este es el valor moral de la doctrina cristiana. Honra a Dios presentándonoslo como el más benigno a la par que el más perfecto de los seres, y en inevitable consecuencia, impulsa hacia el bien obrar al hombre que no es insensible a los llamamientos de tan sublime amor divino.

Por el contrario, un cristianismo impuesto a la Humanidad por métodos constantemente sobrenaturales (aunque hay quien dice que lo sobrenatural dejaría de serlo si se manifestará continuamente); un cristianismo apoyado continuamente (y sólo sellado como lo ha sido) por el milagro, carecería de héroes y de mártires, de místicos y de santos. Nadie se atrevería a resistir a un Dios que se revelara en semejante forma. Pero ese Dios, ¿sería tan amado como lo ha sido en la persona de Jesucristo? Napoleón, desterrado en Santa Elena, admiraba y envidiaba esta "fama" del único hombre que ha existido sobre la tierra al cual, después de muchos siglos, millones están dispuestos a servir, y por amor al cual muchos han sacrificado y sacrifican sus propias vidas.

¿De dónde ha sacado el señor Faure que "Dios llama a unos pocos a escuchar su verdadera palabra, mientras que, con deliberado propósito, niega a los más esta distinción, este insigne favor?" Nosotros leemos en el Evangelio que Jesús dio este último encargo a sus discípulos: "Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura" (Marcos 16,16). ¿Qué demasiado pronto sus llamados discípulos (la mayor parte no lo eran de veras) olvidaron tal encargo y consumieron sus energías en necias disputas entre ellos mismos? Es muy cierto, y también muy propio del modo de ser del hombre caído. ¿No nos hallamos, a cada paso, con la misma clase de dificultades en todo movimiento noble de carácter humano y social?

Pero que el plan de Dios abarcaba y abarca todo el mundo, se deja ver en cada página de la Biblia. En la misma elección del pueblo hebreo no existe privilegio especial sino sentido de deber. La descendencia de Abraham no era sino el instrumento de Dios para un plan universal. Es admirable que en aquellos

tiempos, cuando cada familia pensaba únicamente en sí y en su raza, fuese dicho al patriarca: "En ti serán benditas todas las familias de la tierra" (Génesis 12,3 y 22,18).

De cómo Dios hará llegar su bendición a los que, por nuestra culpa, a causa de nuestra indolencia y menguado fervor cristiano, no han tenido el privilegio de conocer en esta vida las buenas nuevas del Evangelio, no es cuestión nuestra averiguarlo. De momento sabemos que no serán tan responsable como los que, habiendo tenido la oportunidad de aceptar y agradecer el amor de Dios en Cristo, se han resistido o se niegan a hacerlo, para los tales es inevitable la condenación, de la cual nos advierte tan reiteradamente el Divino Maestro (Juan 3, 19 y 9,41). Esto nos lleva al tema del próximo capítulo.

III
EL INFIERNO

"*Dios no es infinitamente bueno; el infierno lo atestigua*", dice Faure. Nos explicamos perfectamente su razonamiento. Para la incredulidad, es de cajón negar el infierno. Pero reconocerá conmigo el Señor Faure que la realidad es lo que es; no depende de que la neguemos o afirmemos.

Dejemos, pues, aparte el sentimiento e interroguemos a la razón. Los creyentes creemos en el infierno, primeramente porque de una manera clara, y evidente, nos habla de él la Sagrada Escritura, y sobre todo, Jesús, el predicador máximo del amor de Dios. No tenemos lugar aquí para exponer las razones lógicas que nos inducen a creer en la autoridad indiscutible de Cristo como maestro religioso; pero éstas son poderosas y convincentes (1).

En segundo lugar, si Dios existe sin el infierno, ¿cómo lograr que no fuera burlado por sus criaturas? Usted mismo, señor Faure, estaría en este caso. Si por ser Dios amor, resultara imposible su castigo, a usted nada le importaría el equivocarse lastimosamente negando Su existencia, y haciendo errar con sus disquisiciones a muchos. Ningún interés habría en buscar la Verdad ni en practicar el bien si, al fin y al cabo, Dios estuviera obligado por Su amor a procurar que nada nos ocurriera en la otra vida.

---

(1) Sobre tales razones recomendamos el libro "Hechos y Misterios de la Fe Cristiana", por el Dr. Pieters, así como el titulado "Pensar y Creer", del propio autor de esta réplica.

Supongo que usted dirá: ¿pero no enseña la Biblia que Dios es amor y amor infinito? Sí, pero también es justicia, y justicia infinita. Si se olvida este atributo, se hace un Dios quimérico, un Dios forjado por el sentimiento, no por la razón. Dios es justicia y amor infinitos. No puede un atributo anular al otro, ambos tienen que existir y manifestarse de un modo perfecto en la Divinidad. Sólo existiendo castigo, y castigo eterno la criatura no se burla del Criador.

Se me dirá, que no hay proporción entre la culpa y el castigo. Vale la pena profundizar un poco sobre esta aserción. ¿En qué se basa la incredulidad de que usted hace gala? ¿Es hija de su concupiscencia, de sus pasiones, esto es, de cualidades o defectos que radican en el ser físico del hombre? No lo pretenderemos. La razón de que usted piense como piensa, radica en su inteligencia, y, sobre todo, en su voluntad. Estas son facultades del alma, y, como el alma es eterna, eterno será el pecado que se basa en su voluntad; y, si es eterno el pecado, razonable es que el castigo también lo sea.

Se me dirá que los pecados de muchos hombres no radican precisamente en su voluntad, sino en el medio ambiente, en sus circunstancias, en la educación que han recibido. Aunque es verdad, en parte, tal argumento, no tiene ningún valor probatorio como justificante del pecado, en un sentido general. Tenemos ejemplos de personas educadas en circunstancias idénticas, de las cuales la una ha venido a ser honrada y la otra criminal; hijos de una misma familia han venido a ser totalmente opuestos en cuanto a carácter o modo de ser. No todo lo hace el ambiente, sino la voluntad libre de cada ser consciente; y si esta voluntad no es cautivada a la obediencia de Cristo, si no se produce el milagro de la regeneración espiritual, el hombre es inepto para residir en un lugar de santidad perfecta. Así lo declaró el Maestro Supremo al Rabí Nicodemo: "De cierto de cierto te digo que el que no naciere otra vez, no puede ver el Reino de Dios" (Juan 3,1). Sólo en el acto de la sincera conversión a Dios es como se

introduce en el alma el germen espiritual que ha de producir, en su día, la regeneración completa del hombre, fenómeno del que ya se notan los efectos en la vida presente de los verdaderos convertidos, a pesar de las dificultades que opone a dicha regeneración la existencia de lo que la Biblia llama "el viejo hombre" con sus costumbres y tendencias.

¿Podemos extrañarnos de que el hombre que jamás ha invocado el auxilio divino para luchar en contra del pecado, y que se halla, por el contrario, en estado de rebeldía con su Creador, tenga que ser separado del Reino de los Cielos? Nosotros lo consideramos muy natural. La Biblia dice: "Los malos serán trasladados al infierno, y todas las gentes que se olvidan de Dios". Y si no lo dijera, casi también lo creeríamos, por la sencilla razón de que también nosotros nos negamos a admitir en nuestros hogares a las personas en las cuales no tenemos confianza, y encerramos en centros correccionales a aquellos individuos que, además de indignos de nuestra confianza, han demostrado ser un peligro para el bienestar público.

Hemos de reconocer que la doctrina del infierno ha sido atrozmente desfigurada por teólogos y escritores religiosos, al pretender que castigos terribles serán aplicados eternamente, sin cesar, como sanción de pecados realizados en esta vida efímera. Mucho de lo que se ha dicho o escrito acerca del infierno es un flagrante insulto contra la Justicia Perfecta de Dios, por haber sido concebido desde el punto de vista de la justicia imperfecta que prevaleció en los tiempos del escritor respectivo.

Realmente, no sabemos lo que será el infierno, ni apetecemos saberlo, pero creemos que el castigo que allí se administra —pues es evidente que hay gradación de castigos según la declaración de Jesucristo en Lucas 16, 47-49 y Apocalipsis 20,12—, no tiene tanto que ver con la *cantidad* de culpas como con la condición del alma que entra en la otra vida en malas relaciones con Dios.

No podemos acusar a Dios por haber puesto un lugar de castigo en el Universo. En primer lugar, por lo que Dios mismo ha hecho para librarnos de tal peligro. "Porque de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo Unigénito, para que todo aquel que en él cree *no se pierda,* mas tenga vida eterna" (Juan 3,16). Y en segundo lugar, porque el infierno es una revelación del amor de Dios a los seres no caídos de su Universo, por constituir una sabia medida de profilaxis espiritual.

Proponemos al lector ateo, pero honesto, que se coloque momentáneamente en el terreno espiritualista. Supóngase que cree en la supervivencia del alma, como nosotros creemos. ¿Podría usted imaginarse, por un momento, que el Creador obraría bien, dejando vagar a su antojo por los dominios espirituales a tanto pillo como puebla y ha llegado a poblar este desgraciado planeta? Si el espíritu no muere con el cuerpo, es, no solamente inevitable, sino también benéfico el que haya un lugar de reclusión para las almas embrutecidas y degradadas por el pecado.

Es prueba de amor a la familia —y la familia de Dios es incontable según un concepto muy moderno del Universo—, cuando un padre recluye, en un sanatorio al hijo tuberculoso o leproso, o al obstinadamente rebelde en una casa de corrección. Y eso por muy sensible que sea, el corazón de padre que se ve obligado a tomar tal medida (1).

(1) Para un estudio más extenso de este tema, recomendamos el libro del Dr. René Pache, abogado y director del Instituto Bíblico "Emaus" de Lausanne (Suiza) titulado: ¿Existe el Infierno?", que se halla en venta en muchas librerías e iglesias evangélicas.

IV
EL PROBLEMA DEL MAL

El señor Faure presenta este argumento bajo un dilema, que dicho sea de paso, no tiene nada de original, pues se remonta a Epicuro.

"*El mal existe*". *Todos los seres sensibles conocen los sufrimientos; Dios que todo lo sabe, no debe ignorarlo. ¡Pues bien! Una de dos: O Dios quiere suprimir el mal y no puede, o Dios puede y no quiere.*

En el primer caso es impotente, luego no es Dios. En el segundo, es malo, y tampoco sería Dios".

Todo esto es muy a propósito para alucinar a un público ignorante; pero también es muy infantil.

Debemos decir, en primer lugar, que lo que llamamos mal es, en la mayoría de los casos, el instrumento del bien. El dolor físico es un gran bien, ya que nos libra de grandes peligros. Que la acción del fuego o de un golpe produzcan una reacción dolorosa en nuestro sistema nervioso es un beneficio inmenso de parte del Creador, ya que nos libra de catástrofes que serían de otra manera inevitables al menor descuido.

Si se alega que hay ciertos males de carácter general, como rayos, pedrisco, erupciones volcánicas, terremotos, debemos decir que estas cosas obedecen a leyes físicas especialmente útiles y beneficiosas, y que, en ninguna manera, quisiéramos ver cambiadas para obviar aquellos inconvenientes de que nos quejamos. Es un hecho indispensable y básico en la constitución del Universo el que la atmósfera esté cargada, o mejor dicho, compuesta, según las últimas teorías científicas,

de electrones, por más que este hecho produzca, alguna rara vez el rayo destructor.

Tampoco podríamos quejarnos de la ley física que hace al agua condensarse y convertirse en hielo a cierto grado de temperatura, ya que esta disposición es una sabia protección de la vida vegetal y animal en terrenos especialmente fríos; pero esta misma ley es la que produce, de vez en cuando, el pedrisco, cuando la condensación del agua se produce a grandes alturas.

Lo mismo puede decirse de los volcanes, terremotos, etc., que los geólogos consideran como válvulas de escape del fuego interior. El Creador no tiene ninguna culpa de que a los romanos se les antojara construir las populosas ciudades de Herculano y Pompeya al pie del monte Vesubio, el cual con su constante humareda ha estado siempre avisando que no hay que fiarse mucho de sus épocas de pasividad. ¿Diremos que el inventor de una locomotora no hizo una obra buena, perfecta, porque puso una válvula de escape que puede dejar mal parado al imprudente que descuidadamente se pone a su alcance?

Nadie pretenderá que el tren, obra magnífica de la inteligencia humana, además de cumplir su cometido llevando una enorme carga a grandes velocidades, debería evitar el aplastar al hombre que se pone a su alcance, o hallarse exento de la posibilidad de descarrilar. Ser:a una sandez argüir de esta manera; y, sin embargo, esto es lo que algunos pretenden en cuanto a las obras del Creador.
Por otra parte, debemos distinguir entre el mal físico, al que más bien podríamos llamar consecuencia inevitable del modo de ser del Universo, y el mal moral.

Decir: "terremotos, crímenes, hambres, guerras y pestes", es como tratar de sumar números heterogéneos.

¿Qué tienen que ver los crímenes y las guerras con la obra original del Creador?

El hambre no tiene ninguna razón de ser en un mundo que

produce frutos abundantes para todos sus moradores. Con solo ponerse los hombres de acuerdo anulando su bestial egoísmo, que impide la justa distribución, el hambre sería un mito.

La mayor parte de las enfermedades son asimismo atribuíbles a la ruindad moral del ser humano. El hacinamiento antihigiénico de nuestras grandes ciudades, y los vicios a que el hombre se ha entregado, son la causa real y efectiva de tantos desgraciados, inválidos y enfermos que llevan sobre sí su propio pecado, el de sus predecesores o el del egoísmo de quienes les han condenado a vivir en flagrante contradicción con las leyes elementales de la Naturaleza.

¿Qué tiene que ver con los males derivados del injusto reparto de la riqueza, el sabio Autor de la Naturaleza? ¿Es El quien hizo a los ricos y a los pobres? ¿No somos todos iguales en el nacimiento y en la muerte?

A esto suele responderse que Dios podía habernos hecho a todos buenos, justos y perfectos, y no permitir que fuésemos moralmente lo que somos, para que estos males no se produjesen.

A esta insinuación hemos respondido en parte ya. En los próximos capítulos probaremos:

a) Que el mal moral no es más imputable a Dios que el mal físico, ya que El nunca ha querido ni querrá el egoísmo, el odio, la injusticia, el pecado.

b) Que, en lugar de quererlo Dios, lo ha combatido siempre, y lo sancionará al fin severamente.

c) Que el pecado es un accidente inevitable en la Creación, a no ser que el Creador se hubiese propuesto crear hombres-máquinas, y seres espirituales de la misma condición.

d) Que la historia del mundo, tan lamentable en lo que se refiere al aspecto moral, no es sino un episodio en el proceso de "curación del pecado". Proceso que nos parece terriblemente lento, dada la brevedad de nuestra vida terrestre,

pero que no lo es en los planes de Dios, que abarcan la eternidad y el Universo, y

e) Que los recursos arbitrados por Dios a este respecto son, como todo lo que de Dios deriva, una verdadera maravilla de ciencia, tacto y eficacia, para sujetar todas las cosas a la libre y "feliz obediencia de los hijos de Dios". Pues consiste el plan divino en convertir a seres pecadores y desobedientes en seres santos, justos y puros; y ello de un modo tan libre, voluntario y feliz, como es el caso de aquellos que nunca han caído en pecado (1). Lo que estamos seguros tendrá efecto y se perpetuará por los siglos de los siglos, que forman la eternidad venidera (2).

---

(1) Para una más amplia exposición de las ideas vertidas en este párrafo véase el libro del mismo autor titulado: **"Pensar y creer".**

(2) Idem **"La Nada o las estrellas".**

TERCERA PARTE

La responsabilidad humana

I
EL DIOS JUSTICIERO

PORQUE ES RESPONSABLE, EL HOMBRE PUEDE Y DEBE SER CASTIGADO O RECOMPENSADO.

Toda la fuerza de este argumento lo condensa el señor Faure en las siguientes palabras: *"Si Dios existe, el sólo sabe, puede y quiere; el sólo es libre; es hombre no sabe nada, no puede nada, no vale nada, su dependencia es completa. El hombre sometido a esta esclavitud, aniquilado bajo la dependencia plena y entera de Dios, no puede aceptar responsabilidad alguna. Y si es irresponsable, no puede ser juzgado".*

Conocemos muy bien la teoría determinista de la que parece estar influido nuestro escritor. Esta declara que todo depende del ambiente, y, por lo tanto, niega toda libertad e iniciativa a cuanto existe en el Universo. Pero oigamos lo que dice de esta teoría el doctor Drawbridge:

"En la esfera de la física, de la química y de todas las ciencias que tratan con la esfera inorgánica, el pensamiento-modelo determinista funciona bastante bien. El astrónomo no podría calcular qué eclipses, etc., ocurrieron cien, o aun mil años ha, ni qué eclipses tendrán lugar de aquí a mil años, con la exactitud que lo hace, si tuvieran los cuerpos celestes cualquier grado de libertad de iniciativa. Ni podrían ser tan seguros los resultados de la química orgánica como lo son, si cualquier medida de libertad de acción fuera poseída por

cada átomo de materia. Nadie soñaría siquiera en culpar o alabar a los átomos de materia o a los cuerpos solares por su comportamiento.

Otro tanto puede decirse con respecto a máquinas inorgánicas. Si un reloj no marcha bien, culpamos al fabricante del mismo, pues él es responsable de que el reloj no sea adecuado; pero no culpamos al mismo reloj; reconocemos que, siendo una mera máquina, no posee iniciativa.

Pero, ¿puede este principio ser extendido más allá de la esfera inorgánica? Si lo aplicamos a la esfera orgánica, ¿será viable? ¿Es adecuado como explicación del comportamiento de cosas o seres vivientes?

Dondequiera que hay vida presente, un elemento incalculable y turbador está obrando; un elemento que complica el problema y puede trastornar todos los cálculos.

¿Qué estudiante de la química, historia natural o zoología, por competente que sea, y por bien que domine su materia, podría, como resultado de sus conocimientos, predecir el curso que tomaría una mosca en rodar y vagar por una habitación? El elemento incalculable de iniciativa interviene y se interpone modificando la simplicidad y la exactitud de las explicaciones del biólogo, puramente mecánicas y químicas por mucho que éstas tengan que ver con el ser viviente en cuestión.

Si ascendemos un paso en la escala de la existencia, y consideramos el perro común por ejemplo, la existencia de la determinación propia llega a hacerse mucho más evidente. Nadie, ni aun el más fanático determinista, cree que su perro es del todo determinado; que no posee ninguna iniciativa verdadera. Puede él imaginarse que lo cree como teoría, pero en la práctica no lo cree realmente.

Por absoluto e intransigente determinista que pueda ser el dueño de un perro, él invariablemente alaba o culpa a su animal por lo que hace. También está del todo convencido de que debe premiarlo o castigarlo. Tiene su perro

como responsable de sus acciones, pero de manera diferente de como tendría a su reloj.

Con mayor razón, todo hombre imputa una considerable cantidad de libertad a sus semejantes. Todo determinista tiene a los demás hombres como responsables de sus acciones en los intereses prácticos de la vida diaria, pero la responsabilidad sólo puede existir donde existe una genuina iniciativa.

Ningún hombre de negocios, aunque insista en llamarse determinista y acérrimo partidario de las teorías de Huxley, ha practicado positivamente jamás principios deterministas en su actitud hacia la conducta de los malvados, o en sus relaciones con sus acredores. Ni el más entusiasta de los deterministas dejaría de culpar al ladrón callejero que le robara su reloj.

Nuestra imputación de responsabilidad jamás se detiene, mientras que el autor de una acción mala o perjudicial a nuestros intereses no se halle forzado por un elemento exterior, o por alguna causa que le incapacite el ejercicio de su libertad de determinación.

Si la mano de un hombre que está mentalmente sano se desliza cautelosamente y si los músculos que gobiernan los dedos se contraen y, como resultado, se aferran al reloj ajeno, transfiriendo la alhaja al bolsillo del dueño de esa mano; si la acción es descubierta, no le valdrá al autor del hecho decir que fue impulsado por fuerzas ciegas y por circunstancias determinativas, sobre las cuales él no tenía control alguno; su determinismo no le librará de ser conducido a la cárcel.

Pero si el mismo hecho fuera practicado en una sesión pública de hipnotismo, cuanto el sujeto hipnotizado haga, bajo la influencia dominante de su hipnotizador, por culpables que sean sus acciones, sería estimado como determinado desde afuera, y en consecuencia su autor no sería tenido por responsable de ellas ante la comunidad. Si la comunidad

razona con justicia al considerar responsable al hipnotizador, en lugar del hipnotizado, es sólo porque, el hombre, en general cuando no está bajo la influencia de la sugestión hipnótica, posee en realidad alguna medida de libertad, de iniciativa".

Para que el hombre no fuese responsable de sus acciones, como pretende el señor Faure, sería necesario que Dios le hubiese puesto bajo las mismas condiciones que el hipnotizado sometido a la influencia del hipnotizador. ¿Quisiera el señor Faure que Dios nos hubiese puesto en tal condición?

No siendo así, resulta vano empeño tratar de probar la irresponsabilidad absoluta del hombre, y, por ende, la imposibilidad de juzgarle por razón de sus hechos.

Que no es el hombre quien elige a sus padres, ni su ambiente, ni sus dotes intelectuales, nos consta ciertamente. Que estas circunstancias pueden influir en el ser libre ayudándole a determinarse en uno u otro sentido, también lo admitimos; pero pretender que el hombre es un juguete de las circunstancias, una arista llevada de un lado a otro, al impulso de influencias surgidas a su paso; esto ningún hombre que se precie en algo, querrá admitirlo para sí mismo en aquellos actos concretos en que debe intervenir como hombre. Pues si no lo admitimos para nosotros mismos, ¿con qué derecho tratamos de aplicarlo a la sociedad humana?

El autor reconoce que su formación filosófico-reilgiosa depende, en gran parte, del ambiente en que se desarrolló su niñez y juventud. Pero vamos... ¿es que no tengo yo ninguna parte de culpa o de mérito en esta cuestión? Conozco a otros individuos nacidos y educados en condiciones del todo similares a la mía, los cuales han llegado a tener conceptos enteramente opuestos a los que yo tengo. ¿Es que llevaban el signo de la incredulidad en alguna cédula de su cerebro, y yo el signo de la fe?

Otro tanto puede decirse en cuanto a la conducta moral. Hijos de padres morales y bondadosos han llegado a ser una calamidad y una vergüenza para sus familias. Y muchachos criados en pésimas condiciones se han transformado en personas honorables y dignas por el esfuerzo de su voluntad.

¡Que el hombre no es responsable de sus actos! ¿Qué más quisieran todos los granujas y malvados que por el mundo pululan. ¿A dónde llegaría la sociedad si se impusiera el criterio de que el delincuente no es responsable de sus hechos y, por lo tanto, no puede ser castigado?

La realidad, empero, es enteramente otra. El hombre es libre, enteramente libre, en el sentido superior de la palabra. Nadie puede esclavizar la voluntad humana. El esclavo más tiranizado por su amo, el penado en su calabozo, no tienen, en verdad, libertad física, pero no dejan de ser libres en su querer, en su voluntad.

Si el hombre no fuera más que un producto de la Naturaleza, claro está que no sería libre, como ella tampoco lo es. No puede la causa ser superior al efecto. Pero el hombre manifiesta su voluntad distinguiéndose de los elementos inertes de la Naturaleza, precisamente por el hecho de que no se resigna a ser juguete de las leyes necesarias. Lucha, se esfuerza y trabaja para sujetar bajo el dominio de su voluntad a los elementos y a las fuerzas que le rodean.

En el orden moral, su conciencia se rebela también contra el mal; lucha contra sus malos instintos. ¿Existiría la conciencia si el hombre no fuese un ser enteramente libre?

Queda, pues, demostrado que el hombre no está sujeto a leyes inmutables e inevitables, ni en el orden físico ni en el moral. El fatalismo es buena doctrina para la indolencia musulmana, y un buen filón para los charlatanes, adivinadores, echados de cartas, etc.; pero la realidad es que el hombre no está ligado fatalmente a las cosas, ni por las leyes del hado, ni por ningún poder irresistible.

Los cristianos creemos en la Providencia, pero esto no nos obliga a ser fatalistas. Por misterioso que esto sea, la Providencia se ha limitado a sí misma en las fronteras de la libertad humana; y asimismo la libertad humana se halla limitada por la insondable frontera de la Providencia Universal.

Un reconocimiento tácito de esta libertad se halla en los escritos básicos del cristianismo, y en las constantes apelaciones de Jesucristo a la voluntad humana: "*No queréis* venir a mí para que tengáis vida" (Juan 5:40). Esta es la condenación, porque la luz vino al mundo y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas" (Juan 3:19). Si el hombre no fuese moralmente libre, si tuviera que realizar inevitablemente la voluntad de Dios, como pretende el señor Faure, Jesucristo nunca hubiera hablado de aceptar o de rechazar la salvación.

Jesucristo no era fatalista, aunque creía más que nadie en la Providencia, precisamente porque El conocía, como ningúún teólogo lo ha conocido, los límites exactos y la relación misteriosa que existe entre la libertad del hombre libre y la voluntad de Dios.

II
EQUIDAD DIVINA

DIOS NO VIOLA LAS REGLAS FUNDAMENTALES DE LA EQUIDAD.

Todo este argumento se reduce a lo siguiente: "Dios premia a los buenos mucho más de lo que se merecen, y castiga a los malos mucho más de lo que se merecen, por lo tanto no es justo." Vamos a ver cómo prueba estos extremos:

"*Cualquiera que sea el mérito de un hombre, es limitado (como el hombre lo es) y, sin embargo, la sanción de recompensa no lo es. El cielo es sin límites, aunque no lo sea nada más que por su carácter de perpetuidad. Luego no existe relación entre el mérito y la recompensa...*".

Enteramente conformes, señor Faure. Nosotros creemos, porque Dios lo enseña, que la salvación no se merece, es por gracia. Jamás lo finito —el hombre— podría merecer lo infinito.

Siendo por gracia, el que ha merecido poco no se quejará si le da mucho más de lo que se merece. Y mírelo el señor Faure como quiera, esto no es contra justicia, es generosidad, bondad, amor, y no daña a la justicia.

Si un hombre contrata a un jornalero por cien pesetas a la semana, y al fin de ésta recbe quinientas, ¿dirá aquel jornalero que se ha faltado a la justicia? ¡Claro que no! Se le ha dado lo prometido, se ha cumplido, pues, la justicia. La generosidad del patrono ha añadido lo demás.

Precisamente el plan de la salvación que Dios ha provisto es admirable, porque siendo por gracia, no violó los principios eternos de la justicia.

El hombre no podía salvarse a sí mismo, porque no podía satisfacer las demandas de la santidad divina. Aun cuando hubiese podido llegar a ser perfecto, la perfección es el estado natural de las criaturas de Dios. No quedaba mérito para compensar las faltas del tiempo pasado, los yerros cometidos cuando el hombre, entregado al pecado, ofendió gravemente a Dios y a su ley.

De ser perdonado el hombre sin Redención, hubiese quedado vulnerada la justicia y Dios habría podido ser culpado de arbitrariedad o capricho. Capricho de bondad, de amor, de misericordia, pero capricho al fin y al cabo, de favoritismo en favor de seres culpables, lo cual redundaría en demérito de su eterna justicia.

Y he aquí cómo la sabiduría de Dios encontró el recurso para aunar su benigno deseo de perdonar, y las demandas de la Justicia Eterna, en el hecho excelso de la Redención. El Verbo de Dios, el que es la Imagen de la Gloria del Infinito, no sólo en este mundo, sino en el Universo, se humilla lo indecible tomando forma humana, para revelarnos el amor del Ser Supremo, como nadie podía haberlo hecho, y para darse a sí mismo al dolor y a la muerte, por nuestro rescate.

Hay excelsa generosidad, sin vulneración de justicia, en el hecho de que Dios adopte como hijos amados, benditos por la eternidad, a los pecadores salvados por Jesús.

Y vamos con el otro extremo: "*Cualquiera que sea la culpabilidad del hombre, es limitada (como lo es el hombre) pero no lo es su castigo; el infierno no tiene límites, juzgado por su carácter de perpetuidad.*"

Para entendernos hay que hablar con exactitud. Y así tanto al hablar del cielo como del infierno, no es exacto el decir, como se dice con harta frecuencia, que no hay

límites en el premio y en el castigo, puesto que nos declara la Sagrada Escritura que cada uno recibirá conforme a sus obras. Luego el premio y castigo están limitados por aquéllas (2.ª Corintios, 5:10).

Además, siendo nosotros finitos no podemos —es un imposible metafísico— recibir nada infinito.

En el cielo unos serán premiados más que otros, y en el infierno unos serán castigados más que otros. La justicia así lo exige.

Diráse quizá: "Pero el cielo ¿no en en sí mismo un premio infinito? Cierto, pero como la criatura es finita, cada una tendrá de lo infinito según su capacidad, proporcionada a sus méritos. Se nos dice en la Sagrada Escritura que todas las almas salvadas estarán en comunión con Dios y su gloria —premio infinito igual para todos—. Pero no todos los gozarán con la misma intensidad, sino cada uno según su capacidad. Exactamente igual como ocurre, en otra esfera, con aquellos goces que se derivan del divino don de las artes humanas. Una obra maestra de música no hace sentir lo mismo al profano en el arte como al que tiene una desarrollada capacidad musical. Este último se deleita de un modo inefable, e inaccesible para el otro.

Lo mismo podemos decir del infierno. Las penas impuestas en ese lugar de castigo son limitadas conforme a la malicia de cada condenado, según hemos declarado en otra parte. Hablar de penas infinitas es enunciar un imposible. Para sufrir penas infinitas será preciso ser también infinito el que las sufriera.

Muchos teólogos opinan, fundándose en palabras de Cristo (Lucas 12:48), que en el infierno los pecados temporales serán castigados temporalmente, permaneciendo, sin embargo, el destierro de la gloria, con su indecible penalidad, como sanción a la voluntad permanentemente rebelde del pecador.

Ya indicamos en otra parte, que hay pecados que están

en el alma, en la inteligencia, en la voluntad, y constituyen el modo de ser del hombre. Como el alma que posee estas facultades es eterna, eterno será el pecado que halla en ellas su motivo. Y si el pecado es eterno, el castigo de tal pecado también lo ha de ser. No porque Dios lo quiere así, sino por resultar inevitable por razón del modo de ser de las cosas, y redundar ello en beneficio del propio Universo moral, con sus incontables millones de millones de hijos de Dios (Job 38:7).

Conclusión

Refutados los doce argumentos de la inexistencia de Dios, fluye lógicamente la conclusión contraria: Dios existe.

Sí, señor Faure, gracias a sus impugnaciones y a las respuestas por ello motivadas, nunca habíamos visto tan clara y racionalmente demostrada la consoladora verdad de la existencia de Dios.

Sólo quisiéramos que usted y muchos de los lectores que como usted piensan, pudiesen verlo con la misma claridad.

En el caso contrario, si nuestros argumentos no han conseguido alterar el pensamiento del lector habituado a considerar estos asuntos desde otro punto de vista, acháquelo a nuestra ineptitud en presentarlos y no a los mismos hechos, que son más grandes que nuestras torpes palabras.

En el caso de que estas humildes consideraciones hubiesen tenido, apreciado lector, la virtud de hacerte reflexionar, de esclarecer puntos que siempre te habían parecido muy oscuros y dificultades que creías insolubles, no te contentes con la percepción de este pequeño rayo de luz. Lee, investiga, estudia procura abarcar todo el contenido de este importante tema, Dios y la vida futura, y abdica de tu modo de pensar por muy encariñado que con éste te halles. Ya has visto cómo las negaciones del ateísmo no tienen la base sólida que pretenden los materialistas. ¿Querrás, a pesar de ello, continuar por su

camino de inseguridad y tinieblas? ¿No querrás hacer siquiera un esfuerzo para llegar a la fe?

No nos referimos a la fe ciega, que se apoya únicamente en el "Magister dixit" del sacerdote, sino la fe racional, la fe consciente del hombre, que sabe lo que cree y por qué lo cree.

Si hay un Dios, como resulta innegable por la consideración de la Naturaleza, debe ser lo más alto, lo mas inteligente, lo más puro, lo más sublime que nuestra mente pueda concebir, y mucho más que lo que es dable imaginarse a nuestra pobre mente, pues nunca se ha visto obra alguna superior a su autor. Si hay en tu conciencia sentimientos de bien es porque Dios es el bien en esencia; si hay anhelos de justicia en lo profundo de tu ser, es porque este ser tuyo deriva de Uno que es la Justicia infinita, pues como dice el escritor sagrado: "El que hizo el ojo, ¿no verá? El que hizo el oído, ¿no oirá? ¿No entenderá el que dio al hombre la ciencia" (Salmo 139).

Si El sabe y entiende, por ser la sabiduría infinita, conoce tu corazón, no puedes ocultarle nada. Sabe cómo piensa acerca de El. ¿Crees que es justificable tu indiferencia, tu apatía, tu desamor hacia Aquel que te dio el ser y te ha puesto en un mundo admirablemente constituído para beneficio tuyo? La actitud de otros muchos seres humanos, igualmente escépticos, en nada justifica la tuya propia. Esta consignando en la Sagrada Escritura que "cada cual dará a Dios razón de sí".

No digas que debido a tu formación intelectual o a los desengaños recibidos tras la ilusión religiosa que hermoseó los días de tu infancia, ya no es posible en ti la fe; que dudarías siempre, por mucho que te esforzases en creer. Hemos conocido a muchos que decían lo mismo al principio y han llegado en poco tiempo a ser fieles cristianos, poseyendo el precioso patrimonio de paz, de esperanza y de gozo que proporciona al alma la fe cuando es profesada leal y conscientemente. Todos ellos empezaron concediendo un pequeño grado de probabilidad a las grandes afirmaciones cristianas y una probabilidad mucho mayor a sus ideas materialistas. Pero llegó para ellos

un día feliz en que vieron el asunto desde un punto de vista totalmente diferente. Persuadidos por innumerables pruebas, e iluminados por la gracia divina, vinieron a considerar mucho más razonable y evidente la existencia de Dios y la revelación cristiana que su negación.

Llegados a esta posición intelectual, fueron invitados a dar el glorioso salto de la fe aceptando a Jesucristo como Hijo de Dios y Salvador de sus almas. Lo dieron, orando a El humildemente en demanda de luz, de paz y de perdón, y su seguridad y su gozo aumentaron de un modo inefable. Es que a la evidencia externa añadieron la experiencia personal que sólo el alma puede recibir, la cual si no es prueba para el que no cree, lo es en grado sumo para el que posee la preciosa experiencia de la fe.

No es que ahora lo comprendan todo, ni que puedan explicárselo todo; hay cosas profundas en Dios que el hombre jamás podrá entender; pero de ningún modo es indispensable comprenderlo todo para creer en Dios y amarle, como no necesitas conocer todos los detalles acerca de la existencia, carácter y costumbres de quien labró tu mesa de escritorio para suponer y creer que dicho mueble fue construído por un artífice inteligente.

Puedes creer en Dios y allegarte a El desde el mismo momento en que tu mente percibe alguna prueba de bastante peso para inclinarte a la fe.

¿No quieres para ti esta dicha? ¿Prefieres andar a oscuras hacia el fin de tu vida terrena, que puede no estar tan lejos como te imaginas? ¿Pretendes entrar con este estado de incertidumbre en la insondable eternidad?

No es relato imaginarlo, sino un incidente histórico que ha visto la luz pública en muchos periódicos en muchas lenguas, sin que nadie haya tratado de desmentirlo. El catedrático Paulus, de la Sorbona (Universidad de París), poco antes de morir, reunió a su alrededor todo un grupo de amigos para

que pudiesen ver cómo terminaba su existencia un ateo y filósofo:

—Tomaréis apuntes —les dijo—. Yo os dictaré los síntomas de la muerte. Los últimos momentos de la vida de un filósofo pueden ser de gran utilidad para la Ciencia.

En efecto, iba dictando, con voz clara y distinta, conceptos de filosofía materialista. Sintiéndose más débil, murmuró:

—He aquí el trabajo de disolución; he aquí el fin de lo que llaman el alma.

Sus amigos esperaban alguna revelación que pudiese verter alguna luz interesante sobre el misterio de la muerte, viniendo de un hombre que sólo creía en la materia, nada en el espíritu. Pero el catedrático permanecía insensible, con los ojos cerrados.

Esto duró algunos instantes, cuando de repente, sobresaltándose el moribundo, cuyos ojos brillaron con una expresión extraordinaria, exclamó:

—¡Hay otra vida, hay otra vida!

Después de esto, perdió el conocimiento.

Descubrir que hay Dios y otra vida en el supremo momento de la muerte, es una horrible tragedía, cuando se ha vivido lejos de El y en oposición a su soberana y sagrada voluntad.

Buscar a Dios en esta vida; descubrir cada día nuevas e irrefutables pruebas de su existencia en la grandeza de sus obras; y de su cuidado y providencia paternal en la propia experiencia. Poner a prueba las preciosas promesas de la Sagrada Escritura y hallarlas fieles y verdaderas. Esta actitud del alma produce una vida feliz y una muerte más feliz todavía.

Tal ha sido la suerte de muchos cristianos, y puede ser la tuya también.

Piensa que ningún otro asunto de la vida entraña tanta trascendencia como éste.

Acércate, pues, a Dios en espíritu, en lo recóndito de tu

intimidad. Eleva tus pensamientos al Padre Celestial, de quien nos habla en términos inimitables el Salvador y Maestro de los hombres, Jesucristo, en su incomparable Sermón de la Montaña. Ve a El con espíritu agradecido y sumiso, reconociendo tus pecados, sobre todo el de la incredulidad o la parte volutaria que en ella te corresponde. Renuncia a esta parte voluntaria en esa condición de tu mente. Dile sinceramente que deseas creer en El, si puedes encontrar suficientes motivos en que fundar tu fe.

Dedícate desde este momento a la búsqueda de tales motivos, que no te han de faltar, ya que se hallan por doquier, pues la Naturaleza misma es la prueba magna de la existencia de Dios.

No te dejes llevar por la costumbre de leer sólo la literatura adaptada a tu modo de pensar. Procúrate en adelante libros que te ofrezcan razones sólidas acerca de la realidad de la fe. Habitúate sobre todo a leer con detenimiento y meditación los escritos del Nuevo Testamento, que son la base del verdadero cristianismo.

Y no dudes que, dentro de poco, podrás decir con el gran apóstol de los gentiles, Pablo de Tarso: "Yo sé en quién he creído y sé que es fiel y poderoso para darme todo lo que me ha prometido." "Yo sé que Dios es mi Padre, y Cristo, mi Salvador".

¡Ojalá que por los siglos puedas bendecir el momento en que pusiste tus ojos sobre estas humildes líneas!

OBRAS DE APOLOGÉTICA

que complementan los argumentos de este libro

DEL MISMO AUTOR

PRUEBAS TANGIBLES DE LA EXISTENCIA DE DIOS

Los mejores argumentos de la teología natural, puestos en un estilo claro popular y moderno. La quinta edición de esta obra se está vendiendo más rápidamente que las primeras, siendo puestas por muchos miembros de las iglesias evangélicas en ficos y hermosa cubierta en colores. Próxima edición inglesa. tíficos y hermosa cubiertas en colores. Próxima edición inglesa. — **Precio: 1.00 dólar.**

LA RELIGION AL ALCANCE DEL PUEBLO.

Réplica a la popular obra de Rogelio Ibarreta "La Religión al Alcance de Todos". Responde a las objeciones más comunes al Cristianismo tales como: La Biblia ante la Ciencia; Los milagros; Contradicciones de los Evangelios; El problema del mal; Probabilidad de la existencia del alma; La Resurrección y el juicio; La moral de Jesucristo, etc. 3.ª Edición, de 250 páginas. — **Precio: 1.00 dólar**

PENSAR Y CREER

Una serie de 17 emisiones radiofónicas, agrupadas en 12 capítulos, respondiendo a preguntas de vital interés tales como: ¿De dónde venimos? ¿Hay un propósito en la Creación? ¿Somos responsables? ¿Por qué tenía que morir Jesús como Redentor? ¿Resucitó Jesucristo? El fenómeno de la conversión. La fe y las obras. Vida Cristiana, etc. Muy adecuado para evangelizar a personas escépticas. — **Precio: 0.80 de dólar.**

LA FE CRISTIANA ECUMENICA

Comentario razonado del Credo muy útil para evangelizar tanto a católicos como a escépticos. 106 páginas. (3.ª Edición en prensa). — **Precio: 0.80 de dólar.**

A DIOS POR EL ATOMO

Una exposición de como las pruebas de propósito y designio que descubrimos en los organismos superiores de la naturaleza se extiende hasta la misma estructura de la materia. 94 páginas. — **Precio: 0.50 de dólar.**

CUANDO EL VENGA

Una exposición clara y amena del gran suceso de la segunda Venida desde el punto de vista pre-milenario. Con abundantes argumentos apologéticos sobre la Inmortalidad y la Resurrección, mostrando el fiel cumplimiento de las profecías bíblicas en el pasado como garantía del futuro. Un libro tan útil para creyentes como para la evangelización. 250 páginas. — **Precio: 1.00 dólar.**

DE OTROS AUTORES

HECHOS Y MISTERIOS DE LA FE CRISTIANA, por Alberto Pieters

Una obra que ha sido calificada por el Dr. Melvin Grove Kyle como "el compendio de un centenar de volúmenes prese extienden hasta la misma estructura de la materia. 94 pámentales del Cristianismo que ha tenido lugar en estos últimos doce años".

Cuarenta y cuatro capítulos, con sugestivas preguntas al final de cada uno, de especial utilidad para ser estudiado en grupo. — **Precio: 1.25 dólares.**

LA INMORTALIDAD, por Loraine Boetner.

El gran problema de todos los siglos magistralmente tratado con argumentos lógicos, y promesas bíblicas, por una de las grandes plumas de la literatura Reformada. 172 páginas. — **Precio: 1.00 dólar.**

LA LLAVE DEL PROBLEMA, por Harry Rimmer.

Respuesta razonada a 76 preguntas sobre problemas bíblicos formuladas por radioyentes del programa radial del Dr. Rimmer. 190 páginas — **Precio: 0.80 de dólar.**

EN PREPARACION

LA NADA O LAS ESTRELLAS

Diálogo con la filosofía existencialista y dialecto-marxista. Contiene un breve compendio de la historia de la filosofía, desde Aristóteles hasta los modernos escritores existencialistas, con especial referencia a la teología filosófica de Tomás de Aquino. La segunda parte del libro expone bajo la forma de varios mensajes bíblicos la esperanza cristiana desde un punto de vista poco desarrollado: El papel de la Iglesia cristiana como coheredera de Cristo en el insondable Universo. Unas 200 paginas.

PUEDEN SOLICITARSE ESTOS LIBROS

En Sudamérica

A cualquier librería evangélica.

En Estados Unidos

CLIE. P. O. Box 6094
Gran Rapids - Michigan 49506

En España

"Centro de Literatura Evangélica".
Moragas Barret, 113, Tarrasa (Barcelona).